

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

FASCICULO IV

LA PLACETA DE SANTA MARIA

LUGAR el más típico y sencillo del pueblo, con la gracia y la modestia de las cosas viejas y un flúido místico imponderable, difundido por la atmósfera, que se mete en el alma. Este flúido parte de la antigua iglesia, del atrio umbrío a pesar del soleamiento, de los muros enjalbegados, del rincón de atrás, de la casa parroquial y de algunas otras que venturosamente se conservan.

Tal vez no sea el más solitario pero sí el rincón alcazareño en que más se nota la soledad. Su espíritu es de recogimiento. La atmósfera apagada. Cualquier ruido di-suena, parece sacrilego. El silencio es soberano. La melancolía infinita. Lugar de pasos silenciosos, raudos; de siluetas extrañas. No parece plaza pública sino jardín de convento y en otros tiempos, al toque de oración de la Parroquia, seguía el de la esquilita del Hospital Viejo, auténticamente monjil, transportando el ánimo de las personas sensibles.

¡Ah, el cingañillo de las monjas! ¡Cómo hacía sentir el desprecio de la vida, la vanidad de todo, el consuelo de la oración!

¡Calles silenciosas de Santa María, desiertas y retorcidas, de una espiritualidad misteriosa que impone el paso leve y la voz queda, porque hasta las paredes oyen y nada pasa desapercibido!

Casas vencidas por el tiempo, perfiles contrahechos, postigos enjalbegados.

¡Santa Iglesia Parroquial! El impulso latente de las cosas que te rodean, arrastra al recogimiento de tus altares. De tus muros emanan alientos de fé y de renunciación. En tu recinto se guarda lo que resta del espíritu alcazareño.

* *



Verderones errantes



Me dió por cavar y poner árboles en mi corralón lleno de escombros. Agradeció el suelo aquel trabajo y las plantas lo aprovecharon y crecieron, aunque con muchas fatigas.

Desde entonces, se ve bullir por el ramaje algún pajarillo coloreado, diminuto, silencioso, tímido, que se esconde como si quisiera pasar desapercibido.

Se ve casi a diario este pajarillo y a las horas que ya no hay pájaros por ninguna parte, en el centro del día. ¿De dónde viene este pajarillo, dónde se oculta, qué le sucede y cómo vive tan solo, tan aburrido, volando sin ton, ni son?



Por estos rincones vaga el pajarillo solitario y cuando desaparece lo deja todo impregnado de melancolía, exaltando el silencio y la tristeza de la cartujilla alcazareña.

GRATITUD

Este cuadernillo y el que se publicará a continuación, los escribí en el más grave estado de enfermedad, estimulado por las pruebas de afecto de Alcázar. Son una demostración muy sentida de mi agradecimiento para todos.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

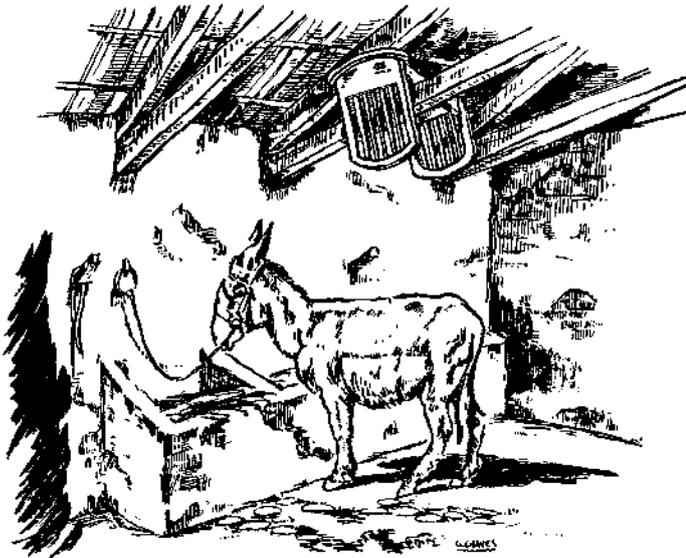
POR

RAFAEL MAZUECOS

Mes de Mayo
del año 1955

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
DE
ALCAZAR DE SAN JUAN

FASCICULO
CUARTO



La Nana - Mi cuna

LA Nana era una borriquilla blanca que había en mi casa de la calle Toledo número 10, la casa del Cristo.

La usaba mi padre para ir a las Hazas. Era pequeña, mansa, dócil, incansable.

Al mudarla a la calle Ancha, notó mucho el cambio. La cuadra era nueva, muy grande, fría. El animal no estaba tranquilo y hubo que abrigoarla y acondicionarla. ¡Cuánto lo agradeció, dándole al ama con el hocico en el costado, metiéndole la cabeza por debajo del brazo!

¿Qué sería de la borriquilla? Mi padre decía, ya viejo, que seguía yendo al campo por la borrica, por no deshacerse de ella después de tantos años, por lo que la quería, pero ¿dónde iría a parar? ¿qué fin tendría la servicial borriquilla? ¡qué buena era y qué bien conocía su obligación! En la viga del pesebre tuvo mucho tiempo colgada la cuna verde en que me crié, que también se fué del mundo sin saber yo cómo ni cuándo.

Las cosas olvidadas toman esas resoluciones y cuando las profundas corrientes del sentimiento te las presenta en la mente otra vez, se queda uno perplejo y experimenta hondo pesar. ¡Oh, es verdad! ¡Parece mentira! ¿Qué sería de la Nana y de la cuna que me mecieron de chico?

El Paseo de las Monjas



Si se exceptúa la Placeta de Santa María y algún escondite de aquel barrio, Alcázar no ha tenido en nuestra época ninguno de esos parajes, por lo general próximos o incluidos en los conventos, donde la dulzura y el recogimiento de la clausura inmediata impregnan el aire de aromas puros de oraciones y santidad. Únicamente el Paseo de las Monjas tuvo siempre un cierto aire monacal emanado de la contigüidad del Claustro abandonado.

La calle de la Virgen que con la del Santo forman pareja y son las dos mejores del pueblo, se hallaba coronada por este Paseo, verdaderamente monjil, tan corto que no excedía de las tapias del Convento y tan estrecho que no admitía más de dos filas de árboles, muy separados y de escaso desarrollo. En ellos terminaba el pueblo formando una especie de terraza de magníficas perspectivas. Al abrigo del viento Norte y bien soleado desde las diez no le faltaron nunca asiduos concurrentes.

El camino era muy frecuentado, tanto por los que habían de cruzarlo para ir a su trabajo, como por los que se surtían de agua para beber del pozo de Valcargao que era de los mejores de entonces.

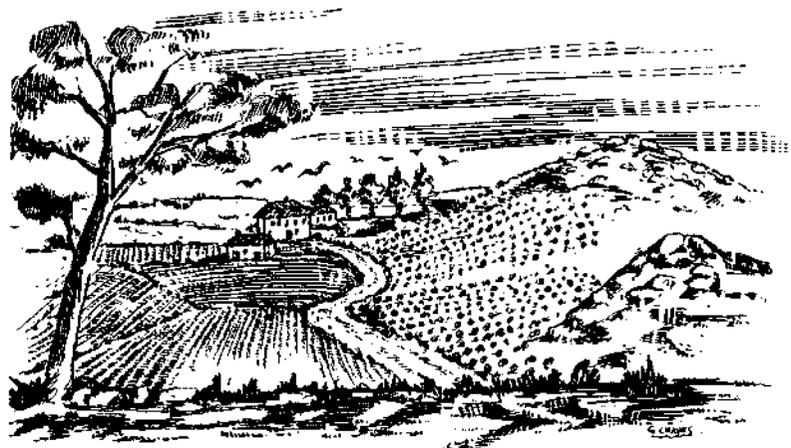
Sus vistas eran las menos monótonas del pueblo. A lo lejos se divisaba La Covadonga, espléndida bodega y única construcción que había después de las Monjas, que tenían enfrente del Paseo los cerros, coronados por los molinos y totalmente poblados de olivas bien cuidadas. La vía de Andalucía limitaba el horizonte, animado con el frecuente paso de los trenes.

Hacia el pueblo se tenía la calle de la Virgen, recta, amplia, siempre llena de luz, de anchas y limpias aceras, desembocando en el Altozano; calle netamente lugareña, donde está el espíritu de la Ciudad. Corros de mujeres, amigas de la limpia pobreza. Almohadillas para la costura, acericos, hilos, encaje de bolillos, rencillas apreciables, patios inmensos de vecindad, casas enjalbegadas, poyetes, matices íntimos, recónditos; muleteros, botijeros, pastores, artesanos.

En el Paseo de las Monjas se juntaban viejos gañanes y peones, acostumbrados a dialogar con las cosas y con interlocutores invisibles, ausentes, que han dejado en su hacienda la huella de su paso, pisando una mata, tronchando una cepa o llevándose un melón: «Ya han escarbado la tierra, quién habrá sido el gracioso» y a continuación una serie de denuestos en voz alta: «¡Mira qué cardo ha ido a salir aquí!», se agacha, lo arranca y sigue hablando y de este modo horas y días enteros. En el Paseo de las Monjas, se apreciaban estas costumbres de sus visitantes porque quitaban las piedras que estorbaban, ayudaban a los que regaban y limpiaban. Y el Paseo estaba mejor cuidado que las glorietas de dentro del pueblo.

Este era el Paseo habitual de los curas en aquella venturosa época que el tiempo sobraba siempre y la vida sosegada era común a todos y no un lujo asiático, como sucede hoy.

Mañana de Piedrola



¡COMO está la mañana!

El sol, al salir, ha tendido su manto dorado sobre el inmenso viñedo, sano, opulento, majestuoso.

La tierra parece que vibra, turgente, pujante, reventona, deseando abrirse en estallido alumbrador de torrentes de vida nueva. Parece que cruje la naturaleza. Hay un leve sonar de zurrones que se desgarran para

dejar salir las espigas, de las plantas silvestres abotonadas, de los capullos que florecen.

El campo exhala un solemne canto de vida coreado por las pajarillas juguetonas que se remontan a alturas inverosímiles, con vuelos saltarines, como si encontraran apoyo en las capas del aire para subir y subir, elevando hasta el cielo su canto de alborada singular.

Nuestro campo, tan solitario siempre, parece por ello al despertar mucho más grande y solemne; no se ve a nadie y solo se oye el rumor de la naturaleza y el cantar de las pajarillas, rítmico y saltarín, que se pierde en la bóveda celeste.

Pan caliente

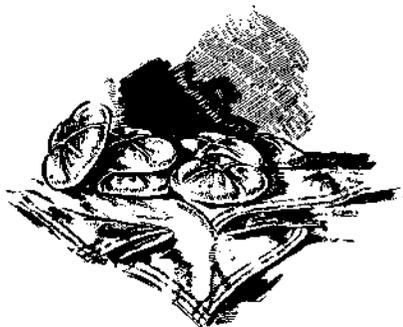
EN la calle Ancha hubo dos hornos de cocer pan, el de Chicharras y el de Juanaco, separados el uno del otro por la casa de Juan de Dios, el de la taberna. A los dos fui muchas veces, ayudándole a mi madre a llevar el capacho de la masa, así como después al de Regino y la Abдона, en la calle de la Victoria.

Por entonces se comía pan de pizcón en casi todas las casas, disponiéndose en ellas de lo preciso para preparar la masa, y la noche anterior se iba al horno a por el pizcón de levadura y al día siguiente se hacía la masa y con todo preparado, se llevaba a cocer.

Resultaba un pan moreno muy esponjoso, con grandes ojos, que no se ponía duro. Lo general era cocer para la semana, conservándolo en una tinajilla colocada en sitio fresco, cubierta con un paño. Alguna vez se le hacía moho, pero se raspaba un poco y estaba tan rico.

¡No se me olvida el olor que desprendían aquellos capachos de pan! Sobre todo en el invierno. ¡Aquel vaho denso que desprendía al partirlo, que se extendía por toda la casa y penetraba hasta al alma, haciéndose la boca agual.

En los días lluviosos del invierno, con buena lumbre y unas gachas con pan tierno ¡qué felicidad tan pura, mientras se oía el continuo gotear de los tejados en patios y corrales!



Hombres y galgos

Las solanas de la Cruz Verde y el Arenal, no se concebían antes sin un grupo de hombres y uno o más galgos entre ellos, esperando la orden de partida, como consecuencia de la charla, o algún zoquete del que llegaba metiéndole mano al almuerzo.

Así como entre los galgos había uniformidad, en los hombres se apreciaban diferencias raciales que quisiéramos después concretar científicamente en esta obra. Había un predominio casi absoluto de los cráneos anchos, de forma de sandía, estos eran menos aficionados a la caza de galgos y más partidarios de comer lo ya cazado. Faco el de la Moya y sus hermanos, Atanasio, Pedro, Bruno, Daniel el de Paulino, Julianete, Los Pellas; Los Lilleros, los Jarandas, los Pelaos, los Morales, los Corazas, etc.

Los cazadores de galgos eran más *finutos*, como decía Santicos, de cráneo más aplastado, más de forma de melón; los Porreros, los Estrellas, los Esquilaeros, los Madrid, los Lagos, los Malagueñas, etc. figuras agalgadas de hombres de nuestro barrio, hechos a cazar en campo raso y a andarse diez leguas en cualquier tiempo y con cualquier piso, y si era con nieve, mejor.

La Cruz Verde era una calle de horizontes infinitos. Desde la Cruz se veía El Prallio, La Serna, el cerro Giguéla y el molino de Pelecha

En los meses parados, de días cortos, de escaso trabajo y de poco pan, los hombres se situaban en los abrigos.

Las mañanas, crudas, heladas.

La holganza y el repaso de hazañas de los perros excitaban la pasión y allá que iban hombres y galgos a demostrar lo que se estaba diciendo, sin comida y Dios sabía hasta dónde y hasta cuándo. Instante típico y resolución auténtica de la raza.

El Jaro, el Porrero con Estrella y Malagueña (1) en los Anchos, corriendo con sus perros detrás de una liebre *engalgá* es la estampa insuperable de la representación alcazareña que no admitiría, si acaso, más que al cojo Coraza, en el borrico, echándose las de valiente, a carcajada limpia

¡Oh, manes de Engalgaliebres, de Frasco, de Espinosa, de Corona, de Doroteol ¡Oh, galgo corredor, estirado y gandul, compañero del hidalgo, tu mirada vaga hecha a escudriñar dilatados horizontes; tus orejas llácidas que yergues para percibir el ruidillo que nadie percibe; tu olfateo displicente y distraído; tu boca abierta en bostezo dormilón, tu cuerpo descargado, largo y las patas firmes para la veloz carrera de la liebre, toman un atributo heráldico, ineludible, de la ejecutoria alcazareña.

(1) Pedro Félix «Malagueña» fué el autor involuntario de la cicatriz que dió nombre popular y apodo cetero a Eulogio. Preparando en la cámara para ir de caza, siendo muchacho, se le disparó la escopeta, hiriéndole en la frente. Dos razones dieron singular acierto al apodo: la forma estrellada de la cicatriz y la buena estrella que tuvo en ese instante, porque un tiro bien cogido por encima del entrecejo hubiera puesto fin a su vida fulminantemente.

Este incidente y la nombradía de Eulogio, hizo que se extendiera el apodo a todos los hermanos, que quedaron comprendidos bajo la denominación de «Los Estrellas». Sin aquel suceso todos hubieran seguido siendo los hijos de «Petardo» (El tío Ezequiel Sánchez) y en cuanto a Eulogio, cualquiera sabe por dónde se hubiera apeado la gente con él, porque tenía materia abundante y buena.

«Magao», como Santicos

Santicos fué en hombre prudente, temeroso, como los galgos cuando ven aproximarse alguien con garrota. Lo habían echado de coger carbonilla y se metió en una cueva del desmonte, esperando que se fuera el guarda para volver.

Llegaron los consumistas y al verlo le preguntaron qué hacía. El, con gran indiferencia y como si estuviera al abrigo del aire, contestó:

—Aquí «magao».

La frase quedó como refrán en la Cruz Verde y fué de hecho el máximo *disimulo* pícaro de un espíritu tan simple como el de Antoñico, que como todos los tontos, tenía sus momentos de morder en el dedo que se les entraba en la boca.

Cacería en Piédrola

LOS dueños de las quinterías han sido siempre, y siguen siendo, amables y generosos con todo el mundo, entregando la llave de sus casas a cuantos se la han pedido.

Cuando mi padre tenía la casa de la Muela, hacía como los demás y allí empecé yo a fijarme en los cazadores, en sus pasiones, en sus embustes y en su valentía que no era, a veces, de mentirijillas.

Al rememorar aquellos hombres veo y comprendo ahora la influencia que tuvo en ellos la afición que los absorbía, y de tal manera, que no había rasgo personal que no los denunciara. En otro lugar se hizo notar el parecido de los cazadores de liebres con los galgos. Buscar la caza, seguir la pista, perseguirla, adiestra al hombre de una manera especial y esto desde el origen, porque

la caza, ten a la mano y tan en el aire, fué tal vez la primera ocupación del hombre en la tierra.

El cazador se hace al silencio y a la soledad, es cauteloso y está siempre en tensión, esperando la sorpresa, cuya emoción, sin embargo, no puede contener nunca. La inquietud de sus sentidos es continua. Percibe los ruidos y los movimientos más insignificantes, tanto que sufre alucinaciones y acaso cuando después habla por los codos en la lumbre mintiendo, habría que preguntarse si eso que todos le critican como fantasías no fué para él auténtica realidad, pues él lo vió, aunque no existiera.

Es menester darse cuenta de lo que es un día de airazo; la siembra acamada pero sonando y moviéndose; ¿quién aseguraría que eso que se ha oído o aquello que pareció moverse al pie de la linde, detrás de un terrón, no era la pieza que empezaba a escamarse? ¿Cómo contener la emoción ante la inminencia y el sobresalto de la pieza que irrumpe?

El ojo avizor y el oído alerta nos han hecho a todos percibir visiones alguna vez.

Los cazadores de aquel día en la Muela eran lugareños, de los que salían una vez al año. Se mojaron y se cansaron bien, yendo a dar vistas a Quero y bajando hasta la Casa Jiral. No cazaron, pero nadie se lo explicaba, oyéndolos en la cocina, entre tajada y trago, las liebres que echaron y las pardicas que levantaron. ¿Y por qué no pudo ser verdad?



Bien seguros estamos de que se les van a ir los ojos a más de cuatro detrás de esta fotografía.

¿Que fué un día grande? Pues claro que sí. ¿Y por qué no pudo serlo? ¿Es que han de ser cuentos todo lo de las cacerías? ¿Es que vamos a pensar que ese grupo de auténticos cazadores compraron en la plaza la espléndida colección de piezas que están mostrando? Si tal hicéramos, serían capaces de removerse en las sepulturas, ¡a menos lo hubieran tenido! Eso y más cazaron miles de veces, porque no se adolecían de andar, porque criaban galgos de primera y en cuanto a tirar... bueno, bueno; esas escopetas de dos cañones no fallaron nunca, señores. No necesitaban marcarse faroles, porque la realidad iba más allá que la fantasía y bien clara está la muestra que presentan Gabriel Mata, de los que están de pie, el primero de la derecha, Vicente Requena, el del centro y el de la izquierda, Jesús Morales.

Sentados están. Guillermo el hojalatero y Regino, con la garrofa, el inolvidable Regino, el Panadero, del que no puedo hablar sin emoción. Mi padre, cuando fué a su entierro, se puso el traje de casar y salió llorando y haciéndonos llorar; puede decirse que se amorajó el también, — así se quería a Regino en mi casa y al poco falleció.

¡Dificilillo, dificilillo es que se olvide ésto!

La brocha que limpia

«Panache» era muy aficionado al panete, cliente diario de la taberna del tío Leña y escaso de fondos. Leña, con fiado y formal, hacía una raya en la pared por cada jarrete que le adeudaban, y había ya pocos claros.

«Estrella» le pidió el voto a «Panache» en cierta ocasión y logrado el triunfo, le dijo que si necesitaba algo del Ayuntamiento.

— Lo único que te pido, contestó «Panache», es que mandes a enjalbegar la taberna de Leña, que está «mu zucia».

Eugenio el Moralo

EUEN un mozo viejo, que murió hace años en la calle de la Paloma. Figura racial pura del grupo manchego, en su variante de la de Hilario el Reprtao. Alto, anguloso, sano y fuerte; buen semblante, con la piel curtida por el sol y los aires, ojos alegres, claros, con brillo cambiante como el de las gemas talladas. Boca grande, como los pies y las manos, enormes, huesudas y duras.

No abandonó nunca el pantalón de mandil, como mi padre, ni el gorro en la cabeza y la blusa azul, anudada delante.

Era muy inteligente. Perfectamente dominado en todo, ni fumaba. Gastaba sus ocios en la lectura y tenía muchos conocimientos geográficos.

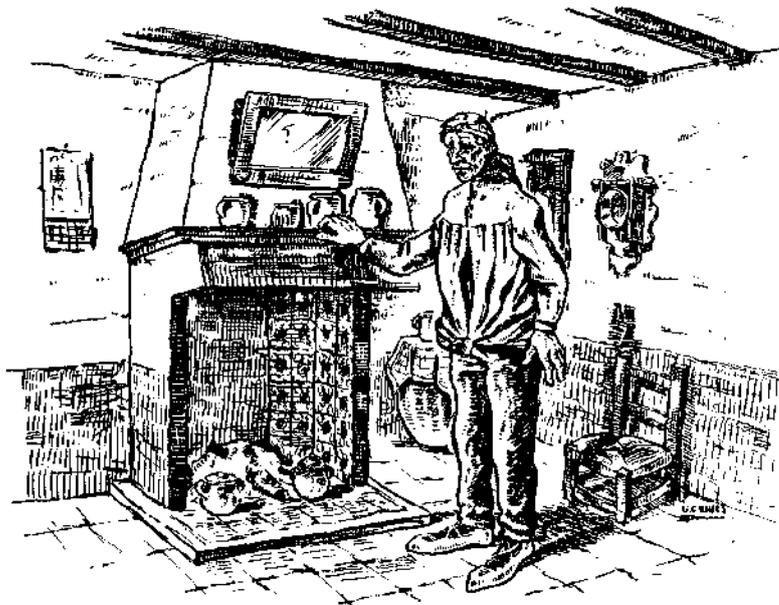
Pausado pero irritable, era el tipo perfecto del filósofo iletrado que produce la sequedad de nuestra tierra, el cabezalero, ese hombre viejo que lleva la palabra, el que tiene que hablar cuando hay que ir a algo.

Su personalidad robusta se manifestaba en el detalle de la naturalidad. Cualquier menestral leído se denuncia a sí mismo por la afectación y por el uso indebido de las palabras. Eugenio hablaba como le correspondía y con mucho conocimiento.

Como Diógenes en su tonel, vivía en su cocina, altivo y austero, con la puerta abierta y un estoicismo espontáneo a prueba de toda clase de sorpresas.

Esta es la cocina de Eugenio, tal cual está hoy, que es como estaba entonces, solo que más ordenada que en su época, con algún puchero demás, mayores y de otra hechura que los usados por él. Tampoco hay serijos.

Su figura no es exacta, pero no es poco que la plumilla de Chaves nos haya dado esta imagen aproximada a través de explicaciones imprecisas. Le falta rudeza, vigor físico, firmeza y exaltación mental, como apreciarán cuantos le conocieron. Aquella mirada de iluminado, que él hurtaba a la observación y cuyo fuego parecía que le iba a saltar los cascos.



¿Qué prisa es eso?

Andando por los caminos se aprecia el apacible ir y venir de nuestros hombres, una veces en carro y otras en caballerías.

La marcha sosegada de los que cabalgan tiene un momento de interrupción constante, al enfrentarse con el que va a pie. El caballero, a pesar de su ventaja, quiere aliviar entonces.

— ¡Vamos, borricol! — exclama, tirándole del ramal. Y le dá un palo.

El vaso alucinante

EL vaso de cristal, limpio y acanalado de la mitad para abajo, que presta destellos deslumbradores al vino raspado de nuestras bodegas, fué talismán irresistible para varios alcazarreños. Un grupo mayoritario, que por comer bien bebían mucho «sin llegar a emborracharse» pero para ir con el carro delantero, como dice Camilo el Porrero, y acostarse bien calientes todas las noches.

Otro, escaso en número, pasados de la bebida, enjutos de carnes, ayunadores y bebedores sempiternos, que llevaban en su semblante el reflejo visionario de la embriaguez. Todos tenían un vino locuaz, exaltado, romántico y generoso, dentro de su respectiva condición. Imágenes quijotecas que recordaban a los geniales poetas franceses y españoles que hallaron en el alcohol inseparable compañero y estímulo a su inspiración, pues también de los nuestros decía la gente que cuanto más borrachos mejor hacían su trabajo.

Había no más de media docena de estas que reputamos desgracias atroces acaecidas a hombres o mujeres nada lerdos a quienes la intoxicación alcohólica hizo inservibles. Yo pude observar reiteradamente a algunos de ellos y eran viciosos del alcohol, sin que el vino favoreciera su trabajo, sino al contrario, a pesar de parecer que la borrachera les proporcionaba cierta maravillosa lucidez de la que todo el mundo se hacía lenguas.

Sin embargo, parecían inclinarse a la bebida deliberadamente, más que por ella, como si con ella trataran de nublar su pensamiento y acallar alguna queja íntima, ausentarse de su mundo y

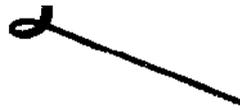
situarse en otro mejor; beber y olvidar, miel sobre hojuelas, porque el aborrecimiento que despierta el borracho, a él le es indiferente.

La gente percibía esto y hacía patente su simpatía hacia el desdichado beodo, vencía el asco y daba relieve a la compasión. Todavía, a los tantos años, no puede uno verse libre de ese sentir contrapuesto, el aborrecimiento de la borrachera y la indulgencia para el borracho que se agarra a la botella como el náutico a la tabla, para librarse de la garra que atenaza su vida.

El tiempo hace al hombre menos riguroso en condenaciones, más comprensivo y se acaba por ver que no iba tan descaminado Baudelaire, el de las borracheras luminosas, cuando decía que se procurara estar ebrios, ebrios de amor, de virtud o de vino. Su borrachera era diaria. No estaría muy cuerdo al decirlo, pero, ¿no es verdad que no lo parece?. Claro que era un borracho genial o tal vez tenía razón la gente y hablaba encandilado por el vaso alucinante.



Este dibujo insuperable de Chaves, no corresponde a ninguno de los bebedores a que aludimos, pero nadie dudará de que este hombre está bebido y filosofando, en ese período de razonamiento persistente, causino, que se produce un poco más allá de la locuacidad, lo que se dice un poco más de «medios pelos», sin querer mirar al suelo, ni poder mirar al cielo, mirando hacia la cintura de un interlocutor imaginario, mientras rumia las palabras que no acaban de salir. Es maravillosa la expresión dada por Chaves a esta cara.



Cocinas, salas, alcobas

EN las habitaciones de Alcázar, ha estorbado siempre un poco la luz, el resplandor y el aire y se ha procurado alejarla, amortiguarla con aleros, porches, cortinajes y medias puertas; incluso en las cocinas, que era donde más se necesitaba, se arreglaban con una ventanaja que siempre tenía su cortina delante.

El fuego siempre era bajo, con el humero bien anjalbegado, haciendo resaltar los badiles y tenazas, bruñidos, relucientes y los trancos.

A los lados, con la altura conveniente, se tenían siempre preparados los candiles para alumbrarse y por la Pascua las morcillas de la matanza en clavos más grandes.

La lumbre se echaba con los productos de la tierra; sarmientos, cepas o palos del monte y paja. En el verano se utilizaban las hornillas que hacía «fote» con las latas del petróleo y el carbón de encina para cocer el puchero.

En las alacenas se tenía el *vedriau*, pucheros y cazuelas de diferentes formas y capacidad, *escullas*, jicaras, copas, vasos, jarros y botellas; fuentes y platos para días señalados, cazos dorados, por sí se ofrecía una taza de algo, chocolateras del mismo metal, alcuizas y panillas, tazas con mariposas, las sartenes y cucharas.

En la cornisa de la chimenea, capuchinas, botes con sal, pimentón y especias de todas clases. Alrededor del fuego sillas bajas, serijos, taburetes y algún baleo.

Entonces la cocina tenía un momento esplendoroso por las mañanas a la hora del almuerzo, que siempre era fuerte. La leche no se usaba y hasta se tenía miramiento de que se parara el cabrero en la puerta, por si se pensaba la vecindad que alguien estaba delicado o era un inservible.

¡Qué almuerzos aquellos tan ricos! ¡Qué mojetea claros o de bofes y asadura! ¡Qué gachas con tocino! ¡Pues y las sardinas saladas con huevos fritos y un tomate fresco entre medias! ¡Vaya los pistos en verano, los pimientos y huevos fritos, las chuletas con ajos verdes, las ensaladas de limón, los gazpachos!

Todo esto se sigue haciendo, pero a otras horas, de otra manera y, a mí, por lo menos, no me sabe lo mismo.

A un lado de la cocina solía estar la banca, amplio y cómodo asiento con buena colchoneta. Almohadas bordadas y paño bordado en colores llamativos.

A otro lado la mesa de comer y otra algo mayor de poner cosas, debajo de la jarrera; la tinaja del agua y por las paredes la jarrera, la almiracera, el quinqué y los Santos de la cocina que siempre eran de menos respeto que los de las salas y alcobas. En la sala eran muy frecuentes las estampas de San Pedro con las llaves del cielo, La Santísima Trinidad, La Purísima Concepción, San José, Santa Teresa en éxtasis, dejando caer las flores, San Antonio, San Rafael.

Sobre banquillos estaban los cofres en hilera, oliendo a membrillo, claveteados de tachuelas, cubiertos con paños adecuados. Alrededor de la habitación, sillas de Vitoria o de calzador, cortinones de gute, en el suelo varijos peludos.

También las alcobas tenían Santos como los de la sala.

La cama de hierro, alta y con dos o tres colchones grandes, ancha hasta ocupar casi toda la habitación, con cobertores tejidos a mano y de gran peso; el paño de cuadros, la manta azul, la colcha rameada, el embozo de puntilla, los almohadones, el rosario colgado de la cabecera.

En un rincón, un palanganero de hierro con toalla bordada, por si iba el Médico. Alguna silla.

Cortinones de encaje, en ciertas casas cómodas y sobre ellas un espejo, floreros que nunca tuvieron flores, retratos familiares y la capuchina o la taza de la mariposa, aunque no hubiera cómodas, los espejos no solía faltar. Eran las alcobas siempre frías, más bien muy frías. Nueve meses del año estaban esteradas con gruesa pleita hecha a mano y sobre ella peludos abundantes, pero no se podía pisar y al entrar se encogía el cuerpo.

Casas de Alcázar

LA fachada que reproducimos es una de las de la Niña—doña Pilar Baillo, esposa de D. Enrique Bosch.—

Hermosa fachada, amplia, señorial. Esta casa tiene contigua una capilla dedicada a Santo Domingo, de donde toma nombre la calle en que está enciavada y que estuvo en tiempos dedicada al culto público.

Está dedicada actualmente a Posada y sería de desear que a su dueño no le diera por modificarla, sin un buen asesoramiento arquitectónico.

Otra de estas casas ya desaparecida y convertida en vivienda moderna por D. Victorino Torres, es la del Boquete—n.º 10 de la Plaza de Santa Quiteria.—Esta casa le decían de Saavedra, por haber pertenecido antiguamente a doña Juana Saavedra, tía, según decían, de Miguel de Cervantes—dicho sea sin la menor idea de resucitar polémicas caducadas.

Esta casa del Boquete, hubiera merecido los honores de la reproducción, porque en ella



se desarrollaron muchas de las meritisimas iniciativas de D. Enrique Bosch y allí se alojaron todos los elementos de producción con que intentó transformar nuestra agricultura.

Los chicos que salíamos de la escuela de D. Cesáreo íbamos a ver la parada de sementales por debajo de la portada. Había unos ejemplares soberbios.

Allí se vió la primera máquina trilladora venida a Alcázar. Los primeros bueyes. Los primeros caballos normandos.

Los primeros arados modernos y muchas personas técnicas, todo lo que ahora se considera fundamental y entonces se obstaculizó hasta hacerlo fracasar, a pesar del buen criterio, el cálculo preciso y la generosidad de D. Enrique para perfeccionar el cultivo ruinoso de nuestros campos.

Aquella del Boquete era la verdadera casa de la Niña. Cuando se hablaba sin especificar, todo el mundo entendía al nombrarla que se refería a la de Santa Quiteria, pero ya sólo queda con su traza esta del n.º 12 de la calle de Santo Domingo.

Vida lugareña

A pesar de haber alcanzado épocas de vida miserable, en que el pan solo, reseco, atrasado, era alimentación única para muchos durante días enteros o engañado con algún pimiento picante o cebolla cruda para otros más afortunados, no recordamos que los alcazareños salieran a buscar trabajo. O la tierra, a pesar de todo, daba lo suficiente o el arraigo del lugar era tan acentuado que nadie se movía de su casa. La Estación contribuyó mucho a esto, no hay que dudarlo, como fué causa de que en la vida local se mantuviera cierto nivel económico. Además, sin que se estuviera aquí exentos de las típicas rencillas pueblerinas, las relaciones no eran tan ásperas que imposibilitaran el auxilio mutuo entre los vecinos. Siempre la vida de Alcázar ha sido más tolerante y cordial que en los demás pueblos.

Todo ello ha librado a los alcazareños de la trashumancia aniquilante y deprimente a otros lugares y ha favorecido el apego al pueblo y a la buena vida de dar vueltas a la plaza, manteniendo un mejor aspecto en las personas y cosas, mayor conformidad para todo o por mejor decir resignación con lo inevitable, lo inmodificable: la aridez del campo, solitario y pobre,

Bolsillos prácticos

ANTIGUAMENTE no se utilizaban los bolsos ni apenas las cestas ni mucho tampoco los sacos para usos cotidianos. Era en cambio corriente, valerse de los dobleses o repliegues de la indumentaria para llevar las cosas, utilizando, sin embargo, muy poco también los bolsillos habituales de las prendas de vestir. Por ejemplo, se puede asegurar que muchos hombres no utilizaron jamás los bolsillos de la chaqueta, pero todos hicieron del hueco de la faja,



Amparados por la manta, como está este sujeto, se vieron todos los novios de Alcázar, sin excepción. Aquel airazo no se podía aguantar y la manta era un alivio. «Estrella» tiró alguna vez del telón y comprobó que los de dentro no tenían frío. Aunque él no necesitaba pruebas, por ser alcaza-reño neto y rondador perseverante.

que llevaban liada a la cintura y de los bolsillos del chaleco o elástica, el departamento habitual del pañuelo, la navaja, la mecha o yasca, el eslabón, el pedernal y la petaca.

Era corriente en el hombre el pantalón de mandil, muy parecido al que llevan ahora los bailarines, y los bolsillos, con la entrada habitual a los lados, se dirigían hacia atrás y eran de buen tamaño, sirviendo de almacén cuando las necesidades del trabajo obligaban a tirar de la faja, como en los días de cava o de cantera.

Las mantas de las mulas eran prendas habituales de abrigo y el *cojín* que resultaba de doblarlas y coserlas para abrigar el anca de las caballerías, era un gran recurso para transportar inadvertidamente cosas de cierto volumen.

Esta prenda tiene en su historia aplicaciones típicas y pintorescas. Cuando había Consumos, en el *cojín* se pasaban de matute pequeñas cosas; un jamón, un barril de vino, un cuerno de aceite, etc. Los consumistas observaban como podencos la forma del *cojín*; aunque el peso iba en la mano, siempre se notaba algo... Ella fué también la confidente de todos los enamorados de Alcázar, la que tapó todas las ventanas, la que protegió la audacia de muchos arriesgados, que escalaron piqueras o pasaban largas horas de *relente en el santo suelo*, que les parecía colchón de miraguano, hablando con la novia por un «alboyón».

Un escondite pequeño hallaba siempre el hombre en los pliegues del gorro o debajo de la gorra o boina, que no se quitaba ni para dormir.

La mujer también tenía buenos fuelles en su indumentaria, sin recurrir al pecho, que fué y será siempre su gran recurso de seguridad.

Ella se cubría con su saya de cobijar, que era la última, colocada de modo que pudiera desplazarse en todos sentidos sin alterar las buenas formas de la mujer en la calle, pues según los casos, se la subía de lado sobre un hombro, se la echaba al cuello por la espalda o se tapaba hasta la cabeza y cara, quedando la mujer total y correctamente vestida, pues debajo llevaba la saya bajera, el refajo, la saya camisonera y la camisa hasta los pies.

Al invertir la parte posterior de la falda para cobijarse, le quedaba delante el halda, que era un verdadero almacén que muchas veces salía de la plaza o de la lonja rebosante para reventar.

Encima del refajo llevaba la faltriquera, donde guardaba lo de necesidad inmediata o lo que se iba encontrando. Era asombroso ver a algunas buscar algo en la faltriquera, entre el canutero de las agujas, el dedal, las llaves, la navaja, botones y fundillas de todas clases, corchetes, pan, chocolate, confites de la última boda, dinero en metálico, hilos, las tijeras, la castaña loca, en fin, de todo un poco, para arreglarse de momento sin tener que ir a la cómoda o a la alacena.

En cambio, las mujeres no tenían ningún otro escondite, aunque los consumistas maliciosos

sospechaban que algunas llevaban matute debajo de las sayas, colgando por delante, pero eso no se atrevió nadie a comprobarlo, ¡pues no hubiera faltado más! Aunque en Madrid sí lo hicieron, montando servicios especiales a cargo de mujeres, también singulares, pues no era entonces cosa fácil llevar a la mujer a desempeñar funciones raras; tenía tan definidas y marcadas sus obligaciones, que cuando había que puntualizar, se decía que se ocupaba en «sus labores» y no era menester más que saber que eran «las propias de su sexo», honor y orgullo del varón, santificación del hogar y amparo de la familia; espléndido bolsillo moral donde se guardaba casi todo lo que ennoblecía la vida y que no se ve ya por ninguna parte.

La rastra del rastro

LA afición a la caza ha subyugado mucho siempre al hombre.

En aquella época, de necesidades patentes y de pocos recursos, hasta se justificaba como medio de traer algo a la mesa. El hogar, sin embargo, descubría el disimulo y la mujer, la eterna recolectora, la que desde los tiempos de la azada como único y primer instrumento de cultivo, viene mirando por la casa en tanto que el hombre engreído se marcha por ahí; la mujer, digo, sufría las consecuencias y tenía que ver lo que hacía para salir adelante.

La inclinación era tanta, que del gañán que llevaba escopeta nadie se liaba y más de una vez se vieron las juntas uncidas al arado horas y horas sin saberse dónde podría andar el gañán, que abandonó la labor por salir detrás de un sisón, inoportunamente.

En el pueblo se perdieron muchos o anularon su vida por abandonar sus obligaciones, llevados de la arrolladora inclinación a la caza y a las comilonas y borracheras subsiguientes.

La caza reclutó sus adictos en todos los campos, con perjuicio de las ocupaciones, pero no se recuerda que ningún cazador hiciera nada notable, aparte de la caza.

La cara, por lo general triste, macilenta y resignada de las mujeres, siempre solitarias, como las perdices enjauladas, sus compañeras de por vida, atestiguaba el elevado tributo de vasallaje que la casa pagaba al dominio del hombre y su afición. Era la rastra que dejaba el hombre, cuando se iba detrás del rastro.

Economía infalible

Lo era la del tío Gurí, cuya fama perdura en el lugar con la persistencia de las obras grandes y las almas de cántaro.

El tío Gurí se empeñó en enseñar a los borricos a no comer y le hicieron el feo de morirle cuando ya había dado remate a su labor. ¡Desengaños de la vida!, decía él. Y aviso prudente para los innovadores audaces que no respetan ni el orden de la Creación.

Oficios del pueblo

EERAN fundamentales en aquella época, como en la edad de piedra, el gañán y el pastor y sus variantes, el peón y el yesero.

Se destinaban a artesanos, los muchachos más débiles, defectuosos o impedidos que calificaban de *inservibles*.

Era una clasificación tajante y verdadera, acatada por todos y referida en conversaciones con la mayor naturalidad.

Todos los hombres del primer grupo aparecían unidos por esos lazos misteriosos de la raza que se manifiestan en el carácter y separados por sus costumbres y hábito externo.

Siempre han sido aquí menos los pastores que los labradores, pero su personalidad era más acusada por conservación probable de rasgos ancestrales.

Ambos sienten la dignidad de la ocupación, ya definida al destinarlos a ella. No en balde son los creadores de la civilización y desde hace algunos años quedan pocos pastores netos, pues, simultanean el pastoreo con la agricultura.

Antes no era así y el oficio les hacía adquirir rasgos característicos que merecen conservarse.

El pastor era mucho más rumbo que el

gañán y eso se conocía bien en los rodeos o días de descanso, únicos que estaban en el pueblo.

Hechos a las libertades, sin trabajo ni horario fijo, comiendo cuando les parecía, vagando solitarios por el campo, en vida errante y cavilosa, se engendraba en ellos cierta inclinación a la aventura, que les hacía mirar con desdén a los hombres que trabajaban, sintiéndose señores y dominadores, belicosos, con ganas de guerrear y con ese derecho que parece tener el ambulante a disponer de las cosas útiles que halla a su paso.

Siempre había una lucha latente, taimada, rara vez violenta, sobre el derecho a pastar o utilizar los pozos e incursiones en zonas ocupadas por los agricultores; discusiones en las que el pastor llevaba siempre las de ganar, por su movilidad y la facultad de poner a salvo su bienes, mientras que el agricultor quedaba fijo y expoliado.

En tanto que el gañán fecundaba la tierra con el sudor, el pastor, vagando con sus perros y su ganado, era el amo del campo y desde el cerro o la cañada miraba con lástima al que trabajaba en el llano, al que estaba siempre en el mismo sitio, en la besura, mientras que él iba errante por los caminos con cierto aire legendario, hecho el gorro y encima la montera, la zamorra al hombro y la garrota en la mano; los



La pastora está que no cabe más, reventando, y el pastor suspende el queso para que escurra, con la delicadeza que exige la blandura de la masa. Se trata de Bonifacio Octavio, el pastor de más delicadas aficiones. Todos ellos han entretenido el largo tiempo disponible en labores más o menos lucidas. Bonifacio lo ha dedicado a la poesía desde chico y ahora, a los 70 años,—nació el 1884,—va anotando en un cuaderno los cantos de su vejez, que alcanzan la máxima vibración en lo que fué motivo de su trajín, como el abrevadero de Valcargao. Este pozo, en su extremo abandono, le hace exhalar quejas muy sentidas.

«Por eso, al querer cantarte
y verte así, abandonao,
no puedo más que llorararte
¡pobre viejor! ¡Valcargao!».

Así se expresa Bonifacio, que tiene un legítimo deseo de subsistir y espera el recuerdo de sus nietos, a los que dedica sus composiciones.

Es una nota simpática del alma pastora! alcazarreña, que consuela de la aridez habitual.

fieros mastines a los lados con las recias carlan-
cas y la yegua hatera con los bártulos, todo en
marcha envuelto en una nube de polvo y el ruido
de los cencerros que no llega a extinguirse nunca.

Alguien los ha considerado como la aris-
tocracia del vagabundeo y no otra cosa parecía
indicar el orgullo especial de que se revestían y
el desdén por el trabajo, que consideraban reser-
vado a los inferiores y a las mujeres.

La situación ha cambiado totalmente. Ya
no se vé un chozo por ninguna parte, ni apenas
apriscos. Los ganados han quedado reducidos a
cuatro hatos de cabras y algunas ovejas sueltas.
El predominio del agricultor es casi absoluto,

pues el pastor se hizo agricultor también ante la
inestabilidad de la vida pastoril y con el gana-
do manda a los criados.

Se acabaron, por inútiles, las veredas y ca-
ñadas, los pozos y abrevaderos.

Se terminó la transhumancia de nuestros
pastores, aquel caminar de kilómetros y kilóme-
tros en busca de pastizales y de carrascal.

Ahora se arreglan con la rastrojera y la
paja de cultivos, sin que nadie salga de su casa.

La ganadería tiende a industrializarse en
el sentido de granja y pronto la figura del pas-
tor será un mero recuerdo. Por eso la hemos
abocetado aquí.

Perfiles Rústicos

CUANDO el hermoso Piédrola servía de pórtico o entrada al monte de
Quero, por estar situado a su comienzo, se observaban en él cosas
que ahora le faltan y carecía de otras que ahora tiene. En el cambio ha perdido en
belleza lo que no ha ganado en utilidad. Claro que se conserva hermoso, porque el
terreno lo es de por sí, resaltando más por el desierto que lo separa del pueblo, desier-
to cuyas plantas han invadido el terreno propio de Piédrola, favorecidas por la mano
del hombre, cuya presencia se denotaba ya entonces por los majanos, pues la primera
faena al roturar fué recoger la piedra gorda.

Una de las cosas que me entretenían más de chico, cuando había carrascas,
tomillo y matorral, eran las urracas, que abundaban. De perseguirlas recuerdo lo bien
que se corría por aquel piso, suave, suelto y limpio de malas hiervas. Todavía coinci-
den en mi mente al evocarlas, la idea de la Muela, con los bandos de urracas.

En cambio no se veían cardos ni tobas más que a lo largo de la vía. Ahora es-
tas plantas esteparias están en todas partes y hasta ponen en macetas, siguiendo una
moda insípida y lánguida, esas plantas pinchudas y sosas, hijas del desierto.

Es evidente que las cepas han mejorado el rendimiento de nuestra tierra, pero
las de Piédrola, decía mi padre, que eran muy señoritas, queriendo significar que ren-
dían poco.

Ahora que está en trance de perderse todo el viñedo, como la soltura del te-
rreno de Piédrola dificulta el progreso de la filoxera, se hace más ostensible la sanidad
de aquella zona y tiene más nombradía. En la tierra de los ciegos el tuerto es rey,
pero sin dejar de ser tuerto por eso.

La sanidad del plantío le da a la demarcación un colorido y una fragancia
cautivadoras y si se hubiera tenido más interés en aprovechar todos los rincones para
poner olivas, almendros, higueras o chaparros, Piédrola no podría compararse con
nada de por aquí. Filigrana de nuestro campo, donde descansa el espíritu al poner la
mirada en sus desniveles, fatigada del espacio sin límites. Tierra de perfiles curvos, de
piedras verdinosas y arenas sedimentadas, que no consienten la prisa.

Tal vez mi amor a Piédrola viene de haberlo recorrido despacio, como entre-
tenido, al paso de la borriquilla de mi padre. Mi ascendencia campesina se siente satis-
fecha en cuanto llega al desmonte.

Nubosidad en la Veguilla

LA peor salida de Alcázar es la del camino de Villairanca, como la peor de Villairanca es la de Alcázar. Ambos pueblos están unidos por un terreno espartario, arisco, improductivo, cubierto de lastón y albardín, aguas abajo del Gigüela endorreico, que se ha ido dejando su caudal en

las numerosas lagunas de las vegas de Quero, Villacañas, Villairanca y Alcázar.

Gran interés tiene todo lo apuntado, como se verá cuando nos ocupemos de ello, pero ahora nuestro sentimiento anda como el río, de una en otra bondonada de la infancia y como sucede cuando ya está a punto de empaparse toda el agua de los charcos, que se remueven los posos y parece que se embebe más deprisa la poca agua que queda. Desequemos, pues, la lagunilla sentimental, para considerar después mejor lo útil.

Ello es, que cuando yo era chico iba con mi padre muchas veces por este camino, subido en la borriquilla hasta «El Velaor». Antes que este estaba el pedazo de la Veguilla. Las dos tierras eran muy apreciadas. «El Velaor» hubo que venderlo para atender una dotencia que no pudo remediarse. ¡Mala racha aquella!

Entonces no existía el Alcantarillado, ni las «Águas Potables» y a pesar de ser la Veguilla la parte más declive y el desagüe natural del pueblo, se encharcaba muy poco y nada en la entrada cuyas tierras eran de primera calidad en cuanto a producción.

Muchos días se salía del pueblo con día claro y al bajar las «Las Abuzaeras» nos envolvía una neblina como humo, que empañaba la atmósfera durante un gran rato y a veces se formalizaba una neblina densa que empapaba la ropa y el aparejo de la borriquilla.

Hilario «el Repretao» que era hombre de mucho conocimiento, decía que era el vaho del río que se agarraba a la tierra baja.

A él le gustaba más «La Muela», el aire limpio y sano de Piédrola. Y a todos nos pasaba lo mismo, pero mi padre no olvidaba la obligación y muchas noches iba andando, a deshora, lloviendo a mares, a abrir o cerrar la zanja para el paso del agua. En mi casa quedaba la zozobra hasta que volvía chorreando. El no se arredraba por nada, pero en mi casa siempre inquietaron más o menos las nubosidades de la Veguilla.



LA JOSEFILLA

Así llamaba mi padre a la que me seguía en la serie de ocho hermanos. Murió a los 20 años. Mi padre le sobrevivió 30 años y ni un solo día dejó de llorar por ella. Yo tuve que rebuscar y ordenar sus huesos para que no se quedaran perdidos entre la tierra cuando se la cambió de sepultura. ¡Qué deseo tenía mi padre por llegar a ese acto, creyendo poder verla! ¡Y qué tristeza nos quedó para siempre ya!

FUNCION UTIL

La borriquilla de mi casa tenía sus «aguazaras» y cuando iba yo con mi padre echaba en una la comida, la botija del agua y el azadón y en la otra me echaba a mí y me tapaba con una manta. Allí escondido, empecé a comprender algunas cosas. Mi padre en esas ocasiones, con tal de llevarme, iba andando hasta la Muela y se ponía a trabajar en cuanto llegábamos, como si tal cosa, hasta ponerse el sol. ¡Qué temple tenía! Yo, en el camino, era el contrapeso del hato. En el haza no serví para maldita la cosa, pero a mi padre le gustaba que estuviera con él y que aprendiera a trabajar. ¡Cuánta razón tenía!

El Angel de Borrego, era uno de los buenos conocedores de nuestro campo, hombre duro en el trabajo y en las consideraciones finales; de los que remachaban el clavo.

El y la Gabina heredaron casi íntegro el caudal familiar del conocimiento, cosa que no pudo darle su padre, pero le dió en cambio una voluntad de hierro, una dureza de pedernal y un amor al trabajo difícil de superar. En eso no fué toda la herencia para él, pues quedó bien distribuída entre toda la familia, que no saltó en ningún caso por el registro de la gandinga. El mucho conocimiento demostrado siempre le venía de la otra manta.

El Angel ha sido mi guía en las tinieblas campestres de algunas madrugadas, como lo hubiera sido mi padre, al cual se parecía en más de cuatro cosas; por algo eran primos hermanos.

Viejo y achacoso, en cuanto montaba en el carro y tomaba los ramales y la vara, parecía otro, se rejuvenecía y empezaba a arrear; a explicar todo lo que iba viendo, la historia de cada cosa y su evolución.

Salíamos hacia el molino Urema. Torcíamos hacia Piédrola y,— ¡lo que son los animales! —al partirse el camino, la mula reparaba y extendía la vista. El Angel cogía la ramalera, templaba, arreaba explicando; éste de en medio es el camino de Piédrola, el de la izquierda el de Tello, y más allá el del Salafillo, que va por el



El Angel de Borrego (Angel Mazuecos Ropero)

ramos en Piédrola. El Angel se esponja. ¡Qué mañana más hermosa! Abi arriba está la Casa de la Faca, la del tío Canillas, la Laguna de los Carros. El pozo Franco, el pozo Ambrosio, el de Cortés. El cocero de Pereda.

Carriles, Carriles; el de la Casa la Faca, el de las Veredillas que va a cortar la Vereda Real que sigue la orilla Saliente del río Gigüela, el camino de Madrid, el del Quintanar, el de Quero.

Subimos al Castillejo, cavamos, ponemos árboles. El Angel coge una almorzada de tierra, la estruja, la desmenuza, la huele— ¡Vaya una tierra, muchacho! ¡Si parece pan!

Al volver se cueigan los ramales de un varal y se toma un bocado. La mula marcha sola. Es chocante pero natural. Al volver se marcha indiferente y tranquilo por todos los caminos, hasta por el de Piédrola, que tiene tan duros colmillos.

Saliente de la Laguna del Camino de Villafranca. El de la derecha, es el carril de la casa del Majo.

Pasamos el Salobral de los aguazos. Es, decía, el arroyo de Juana Jiménez, por encima del Albardial, que lleva el agua desde la Laguna Pajares a la del camino de Villafranca.

Al otro lado de la vía está el camino Quero, el de las Pilas que va a Torina y a la Casa del Tito, el del Gamonar y el de la Puebla.

Dejamos a la izquierda el chozo del «Cuco», la casa de Jota, la de la Navarra y la de D. Juanito y pa-

Campo Santo

¿Quién sabe? A lo mejor,
en aquel lunar oscuro
que realzó su hermosura,
germinó ese amapol.

¡Anda con tiento,
se hunde la planta,
como la nieve, es la ceniza,
blandal.

Subiendo y bajando



A pesar de la poca edad que representa, si bien ya tiene el carácter de su persona, no hemos dudado en reproducir esta fotografía de Patricio Cortés Raboso, por el detalle de la bota, por la gran campana del pantalón que llevaba siempre, como Máximo el barbero y por la cadena del reloj, que ningún mozo dejaba de llevar en aquella época, detalles todos dignos de recordarse en la minucia lugareña cuya vida está tejida, como el cañamazo, con hilos insignificantes, pero que son los que forman la madeja.

DETALLE ornamental ineludible de la Cruz Verde, era el Cojo Cortés, hasta el punto que la gente lo identificó con la esquina. La esquina del Cojo Cortés, se decía a la en que vivió siempre, en casa de su propiedad, que era una de las cuatro del Cristo, la de la calle Ancha, frente a la de los Lilleros.

No hay que decir que era cojo, porque por algo se lo dirían, pero su cojera era única en el pueblo y único el disimulo compensador buscado por él, con lo que queda dicho también que no era tonto.

A ello contribuyó su oficio primero, que fué zapatero, aunque después puso tienda y se dedicó al comercio toda su vida con su mujer, la Fernanda, que complementaba la figura de Patricio en todos los menesteres.

Tenia un acortamiento grande de la pierna derecha, que no bajaría de 25 ó 30 centímetros y para compensarlo llevaba una bota de alza descomunal pero muy bien hecha, porque era hombre curioso. Usaba garrota. Su paso era percibido siempre a distancia y cuando se sentaba en la puerta de su casa tenía las piernas estiradas, como enseñando la bota, y la garrota encima.

Fumaba mucho y era amigo del zurrilla. De juicio claro, veía las cosas en su natural y las exponía con precisión.

Hacia abajo había otros observadores de fuerza y constantes.

Primero, el tío Julianete, pastor y carnicero, más que calmoso, parado y como envarado, rechoncho, de lengua trabada, se sentaba en



EL TIO JULIANETE

medio de la calle, despechugado. La carne parecía que le quitaba la vista, pero no; veía, veía.

Después, un poco más abajo, era silla segura, la de Luis Sierra, el de la Encarnación la de la Lonja. Su noviez, como la del Gordito, y muchas más, va unida al recuerdo de mis buenos tiempos de tocador de guitarra.



LA TIA LILLERA

La madre del Gordito, la tía Lillera, frente del Cojo Cortés, era un tipo digno de recordación. Lo de Lillera era por ser de Lillo. Digna pareja del tío Julianete en la calle, gorda, gordísima, pero activa, le vibraban las carnes, vendía tocino y se cargaba los capachos como si tal cosa.

El recuerdo que conservo, es el de verla en la puerta de su casa ocupando toda la acera y con un abanico descomunal haciéndose aire. Cuando murió dijeron que se le habían juntado las mantecas y puede que fuera verdad.

El polo opuesto de ésta era en la Cruz Verde otra mujer, que recuerdo siempre con el

mayor cariño; seca, viuda con seis hijos, muy trabajadora, con pocos haberes y un genio maravilloso, que me zarandó mientras estuvo en el mundo; la Joaquina de Peluza. Listas han sido todas sus hijas, pero ninguna la igualó. Era hermana de Venancio, el bodeguero del Marqués, que tampoco tenía un pelo de tonto y gozó gran fama y crédito en la casa. Su hijo Bernabé conserva algún nervio y sus nietas, las hijas de Calcillas el tonelero, tienen algunos rasgos, también. Pero la Joaquina era singular, única. Oíría referir sus penas, que las tenía abundantes, era destornillarse de risa y hablando de su matrimonio, no se podían contener las carcajadas contando con que el marido siempre estuvo enfermo y ella sin parar de trabajar,

Los almuerzos en mi casa, almuerzos siempre de sopa, navaja y jarro cerca, eran del mayor regocijo escuchándola hablar de todo, con una gracia, con una finura, con una alegría y una bondad insuperables. En fin, tan ligado estuve a ella, a su cariño, a su buen fondo, que cuando estaba fuera y venía, no dejé de ir a verla mientras vivió y olvidarla no será fácil que la olvide ya.

Al hilo del sentimiento doméstico brota otro filón inagotable. Otra viuda buenísima, magrita, consumida, hormiguita incansable que comparte con la Joaquina el cariño de mis primeros años y de toda la vida; la Tía Petra de Mire, madre de Camilo el barbero y de Andrés el albañil, mujer prudente, callada, laboriosa, harta de las amarguillas del vivir, indulgente siempre, cumplidora y buena porque sí.

Tenía tres dientes únicos, la boca carnosita, jugosa, sana, siempre fruncida, se le encogía más cuando miraba por encima de las gafas. ¡Cuánto habré jugado a su alrededor y con cuánta calma me aguantaba! ¡No se me olvida! ¡no!

¡Hay que ver con qué firmeza se graban las acciones en la mente infantil y con qué idea se agarran al corazón!

Cruz matinal

Uno de los mayores placeres de la madurez humana, es sentir el flujo caudaloso de la corriente sentimental enjendrada por las impresiones recibidas en el curso de la vida y que habían quedado soterradas, como inexistentes, sin parecer que habían afectado tan profundamente nuestro espíritu.

Exquisita delicia en el silencio de la madrugada, dejar correr la pluma al hilo del recuerdo grato que brota del corazón y extasía como el arroyo que baja de la montaña, rumoroso, sencillo, uniforme, fresco y transparente, que ilusiona, quita la sed y adormece.

Camino del Charco

soplaba y caminar al amparo del terraplén.

MI padre, para ir a la Muela con su borriquilla, iba unas veces por el camino de Piédrola y otras por el del Charco de las Grullas, y yo con él.

Estos caminos eran y son equiparables en su separación de la vía, cada uno a un lado, pero cuando los Aguaizos estaban llenos, tenía mejor paso el del Charco.

Entonces estaba todo aquello puesto de viña y él tenía una de las cinco suertes iguales que había al Norte de la viña de Requena, entre la tercera y la cuarta casilla, pero dentro, al Saliente y fuera del Charco, que entonces existía de verdad.

Dentro de lo malo, este camino tenía mejor vista y mejor andar hasta llegar al desmonte, en cuya meseta se hizo la Estación. Después se igualaban los dos y el aspecto se hacía uniforme, mejorando; menos los días de cierzo, que al subir el cerro había que agacharse, de lo que

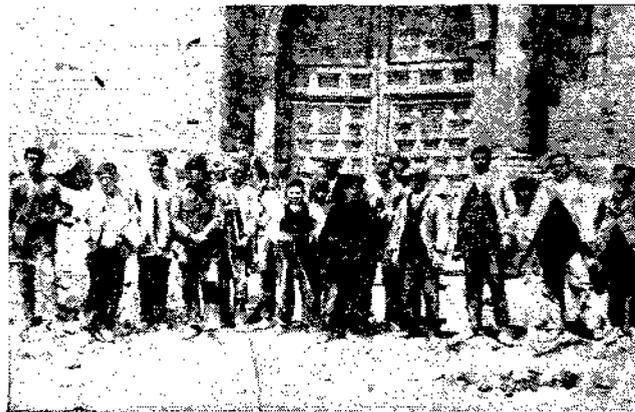
Como es tan hermoso todo lo de Piédrola, en esos días adquiría el cielo una limpidez insuperable, como en el mar, transparente, sin un celaje, sin una telaraña. No obstante el sol era pálido, como el vino sin casca y el campo, también decolorado y desnudo como San Sebastián, acentuaba su aridez reseca con reflejos menudos de cristales salitrosos.

El aire se estrellaba contra los cerros, produciendo un ruido sordo que atemorizaba. Los árboles aumentaban el ruido y lo mandaban a mayor distancia.

No se veían pájaros. ¿Dónde se meterán los pájaros cuando anda cierzo?

La borriquilla subía y bajaba las cuestas del terraplén con gran prudencia; adelantaba las orejas, inclinaba la cabeza y fijaba la vista en el suelo antes de mover una mano. Al notarse segura, completaba el descenso corriendillo y luego en el camino aceleraba la marcha. ¿Qué conocimiento tenía la borriquilla!

AL mismo tiempo que los Lucas, desarrolló sus actividades como maestro alarife de Alcázar. «El Rulo», Manuel Román Sánchez-Mateos, que aparece en la fotografía rodeado de la cuadrilla que tenía trabajando en los Frailes. Va con el traje de pana de cordoncillo que llevaba siempre, cuya chaqueta, sin solapas, abrochada a lo pelliza, con bolsillos oblicuos hacia adelante, no era de uso general. Gorra negra de visera. Su aire era de suficiencia; tenía un quiste en el ala derecha de la nariz que lo distinguía bastante.



Muchos años fué Hermano mayor de Jesús y recorrió el pueblo con las jinetas y banderas, siguiendo marcialmente el «racataplán» del Jaro el tambor, presidiendo, muy poseído de su papel, las procesiones y las rifas, en que Benigno el carpintero, encantaba con su risa a los concurrentes.

De izquierda a derecha aparecen con el maestro, Fileguario Mendoza, «El Morito»; Basilio Murillo, «Juanete»; Jesús Izquierdo, «El Cardonchas»; Pablo Cortés, «Comenencias»; Apolonio Alaminos, «Caspitre»; Pedro Ramos, «El Chingao»; Juan José Muñoz, «Jostillo» el

carpintero; el Maestro; Antonio Atienza, «El Jaro»; Eduardo Muñoz, «El Carpinterillo»; Angel Campo, «Cayares»; Francisco Romero «Garpola» y Estelio Román, nieto del maestro.

Los chicos que aparecen con los albañiles, uno de «Filezas» entre ellos, eran monaguillos del Convento, que se colocaron entre los trabajadores.

La fotografía, hecha en el pretil y en la puerta de la Iglesia, cuya fachada se estaba reparando, fija matices especiales de nuestra vida, cuyo valor histórico irá aumentando con el tiempo.

¡Pirripipi, Pirripipi! canta la pajarilla mañanera que inadvertidamente os sale entre los pies cuando menos

lo pensais. ¡Qué agilidad, qué ondulación de danza romántica tiene su movilidad; qué vigor y destreza en el renegrido timón de su cola y qué gallardía en su erguida cabeza!

¡Pirripipi, Pirripipi!

La alada muñeca del circo que se columpia en el alambre y lo recorre en continua movilidad para guardar el equilibrio, nos hace comprender el vuelo de las pajarillas, que también parecen columpiarse en un alambre invisible que les sirve de apoyo cada vez que abren las alas para dar un impulso ascendente, a modo de suspiro, hasta perderse de vista en las alturas, lanzando trinos entrecortados, cada vez más lejanos, en una escala maravillosa que se va extinguendo en las inmensidades del espacio. ¡Pirripipi, Pirripipi!

¡Pajarillas!

Qué facilidad tienen las pajarillas para alejarse cantando de todo motivo de acoso o temor. ¡Con qué elegancia dejan plantado al observador, embelesado en el canto, maravillado del vuelo, hechizado por las ágiles cualidades de la pajarilla!

Hay personas que tienen propensión a evadirse de los problemas, a abandonarlos como lastre.

Otras parecen nacidas para el instante heroico exclusivamente y una vez rebasado lo dejan igualmente; ha pasado su momento, la vida entera de éstas es una sucesión de tiempos creativos.

Pero ninguno puede compararse con la pajarilla canora, rauda, ondulante, de olímpico alejamiento, en la serenidad augusta de un amanecer de primavera.

¡Pirripipi, pirri, pirri, pirri...!

¡Se fué, se fué, se fué la pajarilla!



Una vez, me rompí un brazo.

Estaba tirando del yeso de los albañiles por el hueco de una bovedilla del suelo cuadro. De pronto salió un ratón y armó tal algazara Juan «El Rano», que estaba enganchándose las espuertas, que distraído entré el pie por la bovedilla y caí abajo sin conocimiento, dando con el hombro en el borde del tirante.

El golpe, grave, fué lo de menos. Lo de más fué el estado de enfermedad que duró dos meses. ¡Qué barbaridad!, casi me muero.

Conservo el recuerdo de mi posición en la vida, durante aquellos días, como después he visto confirmado en otros pacientes.

Recuerdo el estado conmocional como una sensación agradable, casi placentera. Lo malo es el despertar, como pasa con la anestesia general.

El momento de más relieve en la memoria

Crepúsculo

de aquellos días del brazo, es el anochecer

Sentado en la cama, con la débil iluminación de

una ventana cubierta de persianas, visillos y cortinas, me sentía lejano de los ruidos de la calle, cansado y como adormilado. Los gritos de los chicos y sus patadas en la pared, el paso de los carros y borricos que volvían del campo, el hablar de los vecinos, todo ese ruido que se arma en las calles al caer del día, precursor del silencio de la noche, más que molesto, me resultaba pesado y remoto. Deseaba echarme, pero había que tomar el papelillo, que estaba malísimo, seguido de la corteza de limón que apagase el amargor. ¡Qué calvario!

La poca agitación trae el sueño. ¡El día se extingue totalmente y solo queda un recuerdo vago de lejanía y de cansera.



Quando se experimenta una emoción desinteresada con un recuerdo o tema sugestivo. ¡Cuánto se siente y se echa de menos el dominio del idioma

Pesar

para sugerir a los demás esas percepciones ideales que llegan como mensajes misteriosos venidos de lo más hondo de la dulce tierra manchega!



EL PADRE PANADERO

ES la figura alcazareña sobresaliente de la época que nos ocupa y además un alcazareño neto, de acusados rasgos peculiares de nuestro suelo y de nuestra raza, tan acendrados en él, que habiendo pasado gran parte de su vida fuera de Alcázar y de España, conservó nuestros modos y maneras y cuando venía, sus platos preferidos eran las gachas y el arroz con liebre, en unión de otros gastrónomos tales como Ricardo López y la Pantoja, dignos de recordación como Su Reverencia.

La expresión de su cara, su aire y su constitución son harto elocuentes y dicen mas que cualquier descripción torpe. Buen comedor, buen fumador, naturalmente jovial, muy bromista,

fué sembrando generosamente su regocijo por el mundo dejando grato recuerdo de su paso desde las gradas del trono, tanto en el Vaticano, como en el Palacio de Oriente, hasta la chavola más humilde, como la en que nació en Alcázar el 2 de Agosto de 1851.

Ocupando los más altos cargos dentro de su Orden, no se envaneció jamás y se conducía tan sencilla y naturalmente, que D. Fernando Labrada, exdirector de la Academia de Bellas Artes de España en Roma, que conoció y trató a Fray Patricio y jugó con él muchas veces al ajedrez en su estudio, y le bautizó a su hijo Fernando, dice que iba a verlos pertrechado de ricos cigarrillos *Susini*, que le regalaban sus amigos cubanos y se los escondía en las mangas, en la capucha y en los bolsillos, de donde se los sacaban los pensionados entre abrazos cariñosos, pues lo querían con locura, como tenía que ser, con ese carácter despreocupado y bonachón.

Su vida está llena de anécdotas. Diremos una que demuestra el contraste con otras psicologías.

En una ocasión, yendo de viaje, le dieron unos chorizos y se los entró en una manga, como lugar más inmediato, se le olvidó y al abrir la ventanilla se le cayeron, y un andaluz que lo estaba viendo, le dijo con la agudeza propia de su raza:

—Padre, que se le ha caído el *cillito*...

También los alcazareños se permitían alguna broma en relación con el aspecto rollizo del Padre. El la recibía sonriente y decía con su gracejo: «todo se debe a la tranquilidad de conciencia y carencia de vicios, así que procura tú otro tanto y gozarás de la misma salud».

Este varón insigne, lleno de méritos y honores, fué un trabajador incansable, afable, cortés y sumamente diestro en el trato con los encumbrados, por lo que fué nombrado Procurador General de la Orden por España, el año 1890, a los 39 años de edad.

Tomó el hábito franciscano el 30 de Abril de 1868 y al año siguiente hizo los votos simples en el Convento de Pastrana y se ordenó Sacerdote el 8 de Noviembre de 1874, actuando como profesor de Teología y Filosofía en los Conventos de Consuegra, Puebla de Montalbán y Almagro, en diferentes cursos, consiguiendo formar un grupo de escritores y oradores franciscanos esclarecidos entre los años 1874-89, uno de los cuales fué el célebre sociólogo Casanova Amaro, natural de Consuegra.

Esta labor no impidió a Fray Patricio dedicarse a la predicación y provocar controversias, mereciendo la admiración de los fieles por su facun-

RELIGIOSOS DE ALCÁZAR

*El muy Reverendo
Fray Patricio*



D. JESUS

He aquí al virtuosísimo D. Jesús Romero, gran letrado, orientador del grupo a los que hizo sobresalir consejos.

Sobre estas notables espíritu caritativo, dice que es la base de una conducta completa a la vez.

Su vida de religioso franciscano. Se exclamó de Santa María, en cuyo día hasta su muerte.

A diario era esperada el atrio a su casa y les que había recogido. Las viudas, una de ellas la uclan: «¡Pero Jesús, con q Y Jesús contestaba: «Dij

Las ropas escaseaba de casa, hasta el punto el Cardenal Monescillo, en una taza desportillada de su muerte, no era para vestirlo porque los

El cariño del pueblo al que llamaban «Sani lirlo, hasta tal punto, que rro el comercio sus puer salieron al campo para ejemplar paisano, padre

dia y por su dicción fácil y correcta, ni fué óbice tampoco para escribir obras como el «Panegírico sobre la misión del Sacerdote», y el «Poema a San Francisco».

En Marzo de 1891, fué nombrado Rector de la Iglesia de San Pedro in Montorio, en Roma.

En la misma época fué nombrado Capellán de honor y predicador de Su Majestad Católica, por el Cardenal Payá, Arzobispo de Toledo, y en 1900 fué contado por la Sede Apostólica entre los consultores de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares de las Congregaciones Religiosas.

Fué esclavo de sus obligaciones, que cumplió con exactitud y sin pereza, lo que le permitió desenvolverse laudablemente entre asuntos delicadísimos, el largo tiempo que desempeñó la Procuraduría General de la Orden.

Sobre si tenía o no amistad particular con el Papa y entrada libre en sus habitaciones privadas, hay cierto desacuerdo entre las opiniones emitidas

por las altas personalidades consultadas, pero es evidente que un hombre de sus condiciones, no podía dejar de ser recibido con complacencia y hasta estimarse su visita como un descanso entre las obligaciones protocolarias. No es sorprendente ni mucho menos, que S. S. Pío X le otorgara su confianza, como se la otorgó la Familia Real española, principalmente la Reina Madre y la mayoría de nuestros gobernantes que encontraron en él un amigo leal y un secundador cordial para entocar las necesidades de España en Roma, distinguiéndosele con numerosas delegaciones y potestades como las de Visitador General de la Prefectura de Marruecos el año 1895, Visitador General de la Provincia Franciscana de Cantabria el 1899, de la de Andalucía el 1901, de la de San Gregorio Magno de Filipinas el 1905, de la de Portugal el 1908. Poseía todas las facultades y privilegios pertenecientes al ministerio sacerdotal, podía predicar y confesar sin licencia de los Obispos en 31 Diócesis españolas y cuatro extranjeras de Oxford, Argel, Cartago y Roma. Examinador Sinodal, en 17 Obispos.

La Infanta Isabel, de tan parecido carácter al de Fray Patricio, y hasta de remoquete, pues también al alcazareño le llamaban chato, se gozaba mucho de su amistad y de las cualidades del Padre Panadero.

Desde que tomó el hábito llevaba en sí la causa que había de producirle la muerte, una hernia umbilical que se le extranguló estando en Madrid y operado con resultado desfavorable, determinó la defunción a los 62 años, 2 meses y 12 días de edad, y 45 años, 5 meses y 15 días de hábito, en pleno vigor físico y convenientemente asistido por el Reverendísimo Padre Vicario General de la Orden, el día 14 de Octubre de 1913, en medio de ejemplar resignación, fervor y devoción sumamente edificantes para cuantos lo presenciaron.

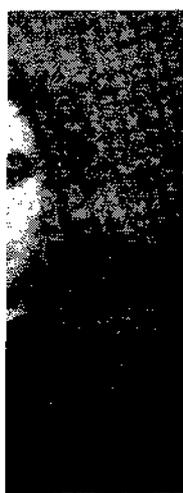
No puede faltar aquí el chismorreillo local tan sabrosillo y apetecible en las conversaciones de la lumbre, del «zurrilla» o de los corros de las puertas. Fray Patricio Panadero, fué carpintero en el taller del tío Eloy, el abuelo de Primitivo Olivares. Su Reverencia no olvidó aquello y en sus viajes solía visitar al padre de Primitivo, su compañero de aprendizaje, que lo convidaba a chocolate.

Tuvo la suerte de ser observado por otro fraile exclaustrado y virtuosísimo Sacerdote que

El tío Eloy el carpintero (Ignacio Olivares Chocero) en cuyo taller estuvo de aprendiz el Padre Panadero.



AR
rendo Padre
anadero Vargas



OMERO
Sacerdote alcazareño
lista, excelente maes-
jóvenes que se citan,
on sus enseñanzas y
tades, brilló en él el
te de una fé absoluta,
anza plena y una en-
de Dios.
a intció como fraile
lo nombraron Prior
laceta nació y vivió
or los pobres, desde
regaba las limosnas
s hermanas—tres y
re de Jesusillo—le de-
vamos a comer hoy!».
roveerá».
lo mismo el menaje
que al ser visitado por
sirvieron el desayuno
or no tener otra; y el
traron ni pantalones
bía dado.
or D. Jesus Romero,
n—rayaba en el de-
l día de su muerte, ce-
y los labradores no
oder acompañar a su
los pobres.

hizo mucho bien en Alcázar, D. Jesús Romero, y este fué el que descubrió y alentó las posibilidades del carpinterillo, como alentó las del General Alcañiz, Policarpo Lizcano, Inocente Alvarez, Alvarez Guerra, Jesús Sánchez-Mateos y otros que sin la presencia de aquel santo varón hubieran seguido los oficios que casi todos tenían ya iniciados.

Esta observación permite apreciar la trascendencia que podría tener para Alcázar un foco de cultura hondamente sentido y rectamente orientado. El resultado que tuvo el magisterio caritativo de Romero no pudo ser más patente.

El Padre Panadero tuvo por Alcázar ese amor especial que tienen los religiosos para la familia y para la tierra natal, formado por el dolor de la renuncia, la sed no satisfecha, el alejamiento y la añoranza permanentes, amor mucho mayor y más limpio que el de los seglares y difícil de comprender para los no habituados a la renuncia y a la ausencia.

Eso y las condiciones de su carácter, hacían que sus visitas fueran sonadas; verdaderas fiestas para él, que se entregaba a un visiteo interminable y para los alcazareños que no se cansaban de agasajarlo, según él se desvivía por servirlos. Su genio abierto, expansivo y los desahogos circunstanciales, alcanzaban el trémulo emocional, íntimo, concentrado, singular y ma-

jestuoso en su predicación a la Virgen. Entonces, con el alma abierta y agitado el corazón por el sentimiento más puro decía: «¡Como moriré fuera, cuando lo sepais, rezarme en Padre Nuestro!». Alcázar se inundó con aquel deseo tan sencillo, tan sincero, tan noble, y a su tiempo rezó; rezó, lloró y dió el nombre de Su Merced a la calle que va desde el Altozano al Pozo Coronado.

Fray Patricio Panadero devolvió el bien recibido de D. Jesús Romero, formando aquella pléyade de escritores y oradores franciscanos de que se hizo mención.

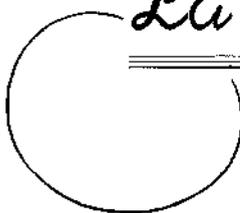
Las cuentas quedaron limpias y Dios sobre todos.

NOTA

En la adquisición de datos para esta breve nota, que han supuesto muchísimo tiempo y molestias, ha colaborado con insuperable interés el Reverendo Padre Superior del Convento de San Pedro Alcántara e ilustre alcazareño, Padre José Comino Montalvo, cuyos méritos figurarán en otro lugar de esta obra, pero es de estricta justicia que figure aquí el que se le debe, para que Alcázar pueda recordar lo más elemental de uno de sus más preclaros hijos.



La obra



El problema que tiene Alcázar y toda La Mancha, es el de conocerse a sí misma.

De que se acierte a plantearlo e intentarlo, dependerá su porvenir.

Son inútiles los aspavientos. Somos hijos de nuestros padres y el mandato dice que se les honre.

Cómo fueron nuestros antepasados, cómo somos nosotros, cómo es nuestra tierra, cuáles son las posibilidades todas. He ahí la cuestión, el punto de arranque.

Trabajando se echa de menos la colaboración. Hace falta el esfuerzo mancomunado y generoso. Hace falta la escuela para formar a nuestros hombres, a nuestros científicos, a nuestros artistas en el amor local.

La labor es ardua, voluminosa, excesiva.

El campo está pidiendo brazos.

Maestros antiguos



La posición de los brazos tenía mucha importancia, porque entre cruzarlos y ponerlos en cruz, bien solos o cargados de libros, se gastaba bastante tiempo. De todas maneras, se ve lo difícil que es de contener lo incontinente y nada más que cruzar los brazos, varios han tenido que estirar las piernas. En medio de todo, se aprecia que D. Ignacio hacía lo que podía por implantar la urbanidad, que no era poco.

Manuel Vilaplana Macazaga "El Cojito"

Impedido de siempre por una enfermedad de la cadera, vino a Alcázar con su familia, con motivo de la Estación, en la que su padre, Salvador Vilaplana, estaba empleado.

Lo recordamos, ya viejo, con sus muletas, viviendo en la calle Arjona, esquina a la de la Trinidad, casa de su propiedad, donde tuvo la Escuela y murió. Lo recordamos como a una persona fina, pero con gesto áspero, cosa que no está de acuerdo con la psicología del enfermo crónico, por lo general tolerante, resignado.

Hay algún hecho que demuestra más claramente que nuestro recuerdo, su carácter, como el ir andando con las muletas al Cristo de Villajos, prueba de que no llegó a adaptarse a su estado.

Tuvo fama de ser muy activo y mañoso y lo demostró a través de los títubeos a que le obligó su enfermedad, para resolver el problema de su vida.

«El Cojito» con un grupo de su escuela.

En esta fotografía son bien patentes los detalles marcados en su semblanza: el gestecillo, su señoritisimo, acentuado en el detalle del sombrero hongo, puesto sobre la mesa para retratarlo junto a la bola del mundo. La total ocultación de la cojera, incluso con la desaparición de las muletas, que le eran hábilmente más necesarias que la bimba en todo instante. Tampoco se ve la palmeta, pero la cara del Maestro denuncia su presencia próxima.

Los chicos están todos vestidos de hombres, como en la escuela del «Cardador» y con los brazos cruzados.

Puso una tienda en la Plaza de la Aduana, en la casa de Sierra el Jorobeta. Hacía caretas para las máscaras de la Pascua.

Para comunicar dos habitaciones de su vivienda, hizo de pura afición una puerta, imitando un armario de luna.

Después puso Escuela en la calle Castelar, donde está la casa de Carrión y antes la Administración de Correos que regentó Pettavi tantos años.

Listo y trabajador, fueron las dos cualidades que le dieron fama como Maestro y la contabilidad es el detalle provechoso que lograron algunos alumnos.

Bien vestido siempre, casi elegante, tomaba el sol por las mañanas en su puerta, con un gestecillo de disconformidad permanente, motivado sin duda por aquellos palitroques en que tuvo que apoyarse toda su vida, teniendo condiciones para correr.

La Escuelilla de Alcázar no está instalada en ninguna parte, se diría que no existe, pero está en el aire, que es lugar seguro y prometedor, cada vez hay más gente que la siente, que la busca, que va de un lado para otro tropezando, cayendo y volviéndose en otra dirección al ver o, por mejor decir, al no ver, lo que buscaba por donde iba.

Los alumnos de esta Escuelilla no son chicos, no son maestros ni discípulos, ni saben, tampoco, a ciencia cierta, lo que son ni lo que piensan. Van buscando impulsados por una fuerza indeterminada, alumbrados por la llama de una bujía pequeñita, atraídos

por una melodía íntima y de pronto alguien imprevisto pinta cuadros, al poco, dicen que modela otro. No falta quien inesperadamente salga escribiendo. Se oye criticar, se percibe el descontento para mejorar lo hecho, se desborda la fantasía. Parece que se empieza a soñar y hay atrevidos que no consideran desmesurado ponerse en fila en el concierto de los pensadores del país.

¡Lástima que no

viva Estrellal.

Desde el Arenal animaría esto con la garrota y su vista de lince, como cuando iba con los galgos y echaba una liebre:

¡Abi va, valientes! ¡Vamos con ella!

La Escuelilla de Alcázar



Fantasmas

Que ha cambiado la vida hasta el punto de encontrarnos en un mundo completamente distinto del de la época que evocamos, no hay que esforzarse mucho para demostrarlo. Las guerras pasadas cerraron y sepultaron totalmente un ciclo de la existencia en el cual nos tocó empezar a vivir, encontrándonos al llegar con un ambiente, con unas costumbres y con unos medios que son los que tratamos de honrar, porque somos hijos de ellos.

Es posible que las floraciones juveniles de la imaginación nos hicieran ver algunas cosas distintas a como realmente fueron, pero la impresión que conserva nuestra memoria ha de

ser válida en todo caso para la evocación, aunque después procuremos, como procuramos, librarla de brotes secundarios y hojarasca, pero conservando la ilusión de que todos los alcázareños, incluso los adolescentes, puedan imaginarse nuestro pueblo y nuestra vida como un mundo ilusionado, como una ciudad de alta comprensión, tolerancia y felicidad, que es lo que fué, de grata convivencia, que es signo de civilización, como lo demostraba el frecuente y entusiasta arraigo del forastero.

Es un intento de comprensión y conocimiento de mi pueblo, su tradición, su historia, su condescendencia, su apatía, su humanidad... ¡Fantasmas, fantasmas, fantasmas! Pulvis cinis otínihl. (Polvo, ceniza, nada).



Rescoldo

Entrais en una cocina y hay ceniza en el fuego, al parecer apagada; echais una gavilla, y, como si nada. A las tres horas se empiezan a ennegrecer los sarmientos y sale un hilo de humo casi invisible,

se retuesta la gavilla y después de mucho tiempo se enciende un poquito por abajo.

Así es Alcázar, tardo, lento, indeciso, inseguro.

El silencio. Nada

Era un matiz perceptible de la vida alcazareña. En el pueblo había mucho menos ruido que ahora. Las gentes calladas y pacientes vivían su tristeza. En pleno día, los pasos retumbaban en las calles.

Cualquier pregón callejero era percibido a mil leguas. El repiqueteo del sañetero, producido por el martillejo contra el rabo de la sartén, sonaba a pieza musical. El silbato del capador producía un eco agudísimo e interminable. Una carcajada de Benigno el carbonero, dada en el Arenal, pesando una sera, se oía bien en la Estación. Incluso en el verano, estando la gente sentada en las puertas, no se oía una mosca y en cualquier época llevaban los vecinos

desde la cama la cuenta y razón de todo lo que pasaba en la calle, con pelos y señales. El pregón mañanero que más persistía, era aquel de «seis manojos de cebollas un perro grande», cuando una peseta era un duro.

Un fenómeno que daba relieve al silencio, era la lluvia, todavía más acentuado que en las siestas del verano o en la Semana Santa. Todo quedaba paralizado. La mitad baja del pueblo quedaba a veces convertida en una laguna, cortando el tránsito. Aquello atraía a los chicos, que echaban barcos de papel y gozaban de verlos marchar solemnes con la corriente. La calma, el reposo, eran acentuadísimos y cuando bajaba el agua y aparecía el barro aposado, los chicos acusaban su tristeza, como si hubieran perdido un juguete.

La limpieza de la atmósfera hacía más patente y abrumador el silencio. En el pueblo no se oía nada. Esa era la tremenda realidad, ¡nada!

Ataúdes y Pianos

El camino desde la calle Ancha a la Escuela de D. Cesáreo, eran las calles de la Victoria, Trinidad y Arjona, generalmente, camino donde estaba lo más lírico de la ciudad. Pepe Belmonte que vivía frente a «La Equidad» en una de las casas de Boronat, orilla de la que ocupaba D. Magdaleno, siempre estaba tocando el piano o dando lecciones y lo mismo Angel Puebla, en la calle Arjona. Daba gusto pasar por allí, pero la casa de Angel tuvo mucho tiempo un sello de tristeza, hasta que él creció y se alegró. En la habitación donde él puso el piano, estuvo antes el féretro de su hermana, blanco, abierto y lleno de flores.

Entonces los ataúdes de los niños y de los que morían solteros a cualquier edad, se conservaban abiertos hasta el momento de darles sepultura en el Cementerio, donde el carpintero iba a quitar los herrajes que sostenían la tapa levantada. Los cadáveres se llevaban siempre a hombros, si bien las cajas no pesaban tanto como ahora.

La Amalia Puebla, joven, guapa y buena chica, parecía un ángel envuelto en tules. Su

muerte causó mucha impresión, como sucedía siempre por aquella época, y yo, cuando me paraba en la ventana para oír a Angel, ya estaba viendo en la caja. ¡Pobrecilla!



Una vista típica del Torrecón de Santa María, tomada desde un corral inmediato, auténticamente manchego

Es evidente que muchas cosas deben revisarse y que de hacerlo con los recursos de la Ciencia actual, se obtendría provecho, empezando por el no escaso que supone el propio conocimiento. El pueblo nos ofrece un caudal considerable, del cual no sería prudente apartarse como punto de partida para cualquier estudio, por ser el conocimiento tradicional acumulado a lo largo de las edades.

Por lo que se refiere a nuestras plantas, a la vegetación de la comarca, con lo visto, oído y leído, fuera de lo que en los técnicos pueda encontrar el buen manchego que se decida a realizar este trabajo, se puede constituir un primer punto de apoyo interesante.

Nuestro suelo sin árboles pierde continuamente la tierra buena y queda la salobre saturada de plantas que necesitan la sal o el yeso para vivir.

La gente se ha ido familiarizando con esta vegetación y observando sus propiedades, según las cuales las ha ido distinguiendo como puede comprobar quien lo desee. Algunas ocupan extensiones inmensas, como el Albardín y el Esparto.

Más o menos extendidas, en nuestras andanzas por la comarca, recordamos estos nombres que brindamos al presunto investigador que haya de contribuir al conocimiento de nuestra tierra.

De algunas de ellas tengo experiencia personal, por haber sufrido varios brotes de erisipela facial, de pequeño, que me dejaron esta hermosa nariz. El Médico mandó paños de flor de sauco como resolutivo, cuyo olor recuerdo todavía y de la sofocación que me producía es mejor no acordarse.

Esto no debe extrañar, porque los tratamientos médicos nadie los recuerda con gusto, ni los recordará nunca y no iba a ser yo una excepción.

Otra cosa que probé más de una vez fué el árnica. En mi casa había siempre una botella de árnica con alcohol, por si se ofrecía como vulnerario, que decía el Médico ¡vaya con Dios el vulnerario!

También recuerdo haber tomado ruda para sentar el cuerpo, flor de malva y malvavisco para sudar resfriados y espliego y alhucemas se quemaron algunas veces a mi alrededor.

Todo esto es bien poca cosa ante lo visto y oído después a los conocedores del terreno y de las aplicaciones empíricas de las plantas, no

solo como remedio de males sino como forraje o cualquier otro menester.

Las que se usan como medicina, se distinguen casi por los nombres expresivos de su indicación vulgar.

En Madrideojos hay una hierba que la usan para la orina y le dicen «Sueldatripas» porque reduce las hernias, y así muchas que expondremos escuetamente para no alargar este escrito, ya que cada uno puede comprobar personalmente la certeza de su existencia y si sale el que haga este estudio, conoceremos todos los detalles de tan importante cuestión.

La grama se usa para la orina, cocida con caña, pelos de mazorca y cebada.

Se habla mucho del Cerrillo. Mijo. Rabo de Zorra. Jopillo de Conejo. Cola de Liebre. Espiguilla. Cebada borde. Rompesacos. Lestón. Rompebarrigas, Vallico. Cizaña. Juncos. Espárragos. Matacandiles. Clavelicos. Ortigas. Melonera. Acederas. Sanguinaria. Barrilla. Hierba del Mal Año. Salicón. Babosa. Hierba del Jabón. Alacranera. Hierba Cenicera. Hierba del Pasma. Hierba de la Orina. Hierba de las Heridas. Hierba Projera. Arañuela. Hierba de la Rabia. Hierba de las Pecas. Mastuerzo. Mostacilla. Hierba de los Cirujanos. Jaramago. Quitarronquera. Hierba de las Quemaduras. Amapolas. Hierba Lagartera. Zapaticos. Conejitos. Sangre de Cristo. Hierba Cabrana. Trebol. Espantalobos. Espantazorras. Palo Dulce. Alberjana. Regaliza. Almorta Lagartijera. Trebolillo. Sacatrapos. Mielga. Emborrachacabras. Melosilla. Pegamosquitos. Retama borde. Garbancillo Zorrero. Hierba de San Blas. Lino del Salobral. Hierba Sanjuanera. Abrojos. Muelas de Gato. Lecherilla. Sonajilla lechera. Zumaque. Periquitos. Taray. Tomillo. Salicaria. Bisnagra. Ahogasegras. Cebolleta. Varas de San José. Mata Perros. Matacán. Corregüela. Campanillas. Ombliquera. Verbenilla. Tomillo. Romero. Mejorana. Matagallos. Berenjenilla. Raspalenguas. Hierba de Calenturas. Ajenjo. Cabezuela. Manzanilla. Abrótano Macho. Pajaritos. Azafrán. Cardos. Tobas. Hierba de Almorranas. Dientes de Perro. Hierba Cerrajera. Tagarnina. Ajonje. Panecillos, etc.

Esta lista ha sido hecha confiando en la memoria pero,—aparte del estudio técnico de necesidad y utilidad notorias,—sería conveniente que cada uno enriqueciera esta relación con lo que sepa y poco a poco iremos conociendo lo que tenemos y lo que nos falta.

Los Carros de las Arrobas

Tengo por una de las satisfacciones de mi vida de Médico el haber merecido la confianza ilimitada, franca, cordial, de Reyes Aragonés, antiguo mayoral de Herencia que admiré mucho de chico, no se por qué, pero sí que con motivo de las fatigas que pasaba en mi calle, la de los Yeseros, porteando vino desde su pueblo a la estación de Alcázar.

El estado de las calles en aquella época no es para dicho. No había por donde pasar. La cantidad de baches y su profundidad ponían en peligro constante y cierto a hombres, carros y animales; la entrada del muelle era una verdadera sima, con una vara de barro pestilente. La subida de mi calle desde la Cruz Verde, que era lo mejor, no tenía mucho que envidiar al Paseo y casi a diario ocurrían vuelcos inevitables. Los carros de Herencia, que tenían que traer todo el vino y demás mercancías a embarcar, eran enormes, fortísimos, con entalamo y venían cargados con colmo y tirados por reatas de tres, cuatro y cinco mulas de mucha fuerza. Siempre venían juntos para poder ampararse pues el accidente, vuelco o atasco, era seguro e ineludible las fatigas.

El mayoral iba el primero con lo más pesado, con lo de más peligro o riesgo. Los hombres llevaban pantalón de pana atado con un cordel por debajo de la rodilla, botas de becerro muy fuertes, con el piso claveteado de tachuelas, laja negra, blusa azul y gorra de pelo, negra o de color de caramelo.

Subían andando por la acera de mi casa con un látigo larguísimo echado al cuello y

arrastrando la vara. Desde la acera mandaban la reata, pero en los rodales peores se echaban al barro para llevar del diestro la mula de varas y desde allí les hablaban a las demás y les chasqueaban el látigo.

El vino lo traían en pellejos de 8 ó 10 arrobas y cuando caía el carro al suelo, a lo mejor partido por el eje, era espantoso ver lo que penaban aquellos hombres y los animales. El simple atasco, que no tenía nada de simple, teniendo que uncir las mulas de varios carros y juntarse los hombres empujando a las ruedas y haciendo más fuerza que las caballerías, todos de barro hasta la cintura, era un espectáculo penoso, de mucho sufrimiento.

Si no pasaba nada, Reyes subía tan ancho por la acera empuñando el látigo y enseñando el buche, no con vanidad, sino naturalmente, como hombre de buena pasta, que era lo que tenía.

Aquella simpatía se trocó después en buena amistad, sobremanera grata para mí, porque tuve la suerte de resolverle varios problemas clínicos gravísimos, cosa que no siempre sucede, y él, con su bondad, me comparaba a los dioses, que era indudablemente lo que me pasaba a mí de chico con él; con su prestancia y al frente de aquella fila de carros, lo consideraba como el capitán de la artillería.

El motor arrinconó los Carros de las Arrobas, aquellos carros que durante setenta años pusieron en las calles de Alcázar una nota de color y una vibración de vida. ¡Cuántos trabajicos duermen con ellos el sueño de la eternidad!

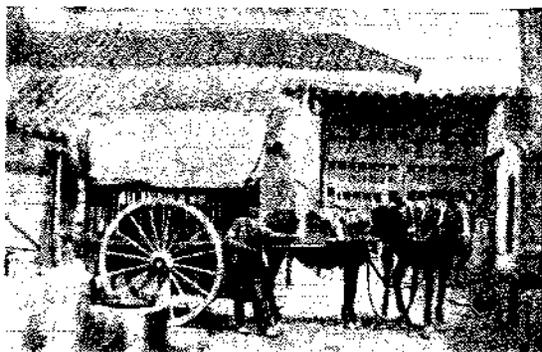
Alcázar, favorecido con la Estación, no se vió obligado a echar tantos carros ni tan grandes como los de las Arrobas, pero el indispensable transporte a la Estación hizo que tuviera desde el principio algunos muy buenos, entre los cuales destacaban los del tío Cartagena, — Juan Antonio Pérez Calderón—, padre de Manuel, Mariano y Alfonso (Peseta), todos los cuales se criaron en el muelle.

El tío Cartagena era un hombre de carácter abierto, propicio a la chanza y al gitaneo. Lo de Cartagena parece que se lo ganó por ir a Cartagena a por un látigo, andando a lo largo de la vía o tal vez por decirlo solamente, porque del dicho al hecho había mucho que aclarar en aquellos espíritus zumbones con los que nunca se sabía a qué atenderse.

El que aparece en la fotografía es su hijo Mariano, a los 30 años de edad, hombre de cierta majera, que está esperando la carga de pellejos para subtrlos a la Estación, en el corral de Enrique Puebla.

Mariano tenía una cicatriz honda, que no le hacía mal, en el carrillo derecho; se la produjo en un día de toros; al saltar sobre las mulillas se clavó una de las banderillas que llevan en las colleras y le caló hasta la boca.

Como se ve lleva buenos elementos. El carro, por la traza, estaba hecho en Herencia. Las mulas tienen nombres de bandera: Española y Cordobesa. Era un buen equipo y él, como rumbo que era, sabía darle el aire necesario para lucirse lucéndolo.



La Cruz Verde era anteriormente más pobre que ahora. La calzada, intranitable nueve meses del año. Solo se podía cruzar frente a las esquinas, por sendas peligrosas.

Pero la Cruz Verde era más vistosa que ahora y más cordial, más íntima. Su pobreza era una pobreza muy honesta y relimpia, sin desollones. La cal cubría la pared ruinosa, dándole alegría y juventud. La penuria quedaba disimulada. Los portales y patios, de cantos bien barridos, denotaban la pulcritud de sus dueñas y daban ganas de pasar a ver aquel recinto silencioso, limpio, regado, de pocos adornos, con espiritualidad de entrada de convento.

Los hombres de la Cruz Verde eran un poco diferentes de los demás del pueblo, mezcla de labradores y yeseros. Sin dejar la labranza, todos tenían algo que ver con las canteras de los Anchos, con los rulos o con los acarreos.

Como todos los años había largos temporales, pasaban bastantes días parados por la lluvia y se concentraban en la Cruz o en la esquina de la Moya. ¡La Vicenta fué un modelo de mujer limpia y emprendedora! Y el premio gordo para Facó, desde que lo aceptó por marido. Por algo se decía Facó el de la Moya y no la Moya de Facó, con mucha razón.

Dentro de ir con ropa de diario, las mujeres ponían el mayor interés en que sus hombres fueran recosidos y limpios y se daban tal arte para echar piezas, que de muchos pantalones no quedaba nada más que la preñina primitiva, siendo todo lo demás una serie de remiendos diferentes, denotando la escasez de recursos y el exceso de cuidado de la mujer.

El hombre de la Cruz Verde era poco placero. Si había que quitarse del aire, se entraba en alguna cocina o bien en la taberna de Estrella, primero, o en La Llana o la de Brunete, después, ambas en la calle Ancha.

En esas reuniones solían mezclarse los tratantes que había en casa de la Gabina y no era raro que se concertaran algunas ventas y se celebraran alborokes.

Los hombres del barrio, como las liebres, se movían poco de su zodal, pero no todos. Los mozos viejos que tantos problemas plantean en las casas, por su falta de responsabilidad, eran los que solían alargarse al Paseo; «hacia los billares», aunque con mucha prudencia, echando muchas más **roncas** de lo que luego hacían y volviendo casi siempre asustados de sí mismos ingenuamente, por haberse dejado seducir unas veces por los gitanos del Perrito y otras por el ruido de calderilla de Carrión y sus allegados.

Por entonces había un grupo que adquirió cierto nombre de trueno, por lo que se prolongaron sus andanzas; Isidoro, el del Moreno Parra; Daniel, el de Paulino; Francisco, el de Colilla y Atanasio el Yesero, cuatro buenazos que se empeñaron en considerarse terribles a sí mismos, sin que nadie supiera por qué. De ellos solo Daniel llegó al matrimonio muy tardíamente, pero esto quebrantó mucho la solidaridad de la pandilla, porque era el más influyente y los otros, ya viejos, murieron solteros, sin pena y sin gloria cuando ya la Cruz Verde empezó a tener casas nuevas, con vecinos y sin blanquear y la vida cobraba un nuevo estilo, menos fraternal y doméstico.

Cruz Verde de mi lugar,
casas de adobes, corrales,
escuálidos animales,
y trastos de enjalbegar.
Patios de hierba nacidos,
la sartén puesta a secar,
gatos huraños, huídos,
y puertas de par en par.
Calle inmensa, extraordinaria, de trazado irregular,
hecha por arroyos y senderos que bajaban al lugar.
Calle sana, de esquinazos y rincones libres del aire infernal,
soleados a diario por delante y por detrás.
Solar de los tres Jarandas, Facó el del Medio y Pellás,
Antoñico el de Santicos. La Agapita de Talán,
La Santa; la Pancharra; la Quiteria la Pelá.....
Calle anchurosa, demás,
que le era chica a Perico,
cuando subía a almorzar;
voceando las cebollas,
que le quisieron dejar.....
¡Calle hermosa! ¡Nadie te conoce ya!
y de los pollos aquellos, solo queda, bueno, Juan. (1)

(1) Así era cuando se escribió esto en Marzo de 1954, pero Juan el Pollo, que se conservó tan airoso siempre, se nos fué también en 4 días, dejándonos el grato recuerdo de una amistad ininterrumpida de más de 50 años.

Fumadores de la Cruz Verde

La ocupación deja una huella indeleble en el hombre y le impone modos especiales.

La del yesero era ruda, como la del gafián, pero mucho más áspera. Sus dedos se entorpecían con el manejo de la piedra salina y engordaban demás.

Todos consumían tabaco suelto, que la Compañía Arrendataria vendía en pequeños paquetes rectangulares o cajetillas de un papel como tostado por las emanaciones del contenido y rotulado en verde, que llamaban de diez y ocho, por ser ese el número de céntimos que costaba.

Era un picado formado casi exclusivamente por estaquillas negruzcas, de un olor acre inaguantable. Lo envolvían para fumarlo en un papel apergaminado que vendían encuadrado en librillos con pastas de cartón, pajizas, sin letrero y una goma para sujetar cerradas las pastas. Costaba dos céntimos y tenía cien hojas.

El hombre rudo ha de expresar rudamente sus cualidades y aquellos inocentones, fuertes pero apocados, hacían alardes de poder sumamente infantiles y uno de ellos era liar pitos gordos, a apura papel, que decían ellos, imposibles de confeccionar de no ser con aquellas hojas irrompibles, sin pega, que llenaban hasta no poder hacer más que poner en contacto sus bordes longitudinales y retorcer un poco los extremos. Lo encendían y permanecía puesto en los labios hasta consumirse del todo, entre estornudos y toses provocados por el humo picante de aquellas tagarninas.

El tío Periquillo, hacía unos porrones que abultaban más que él.

Faco el de la Moya, el Canijo padre, Rochano, el Zorruno hasta ponerse malo y otros muchos, los hacían como palos del telégrafo.

Todavía queda uno que puede servir de ejemplo: Penco Pistaño.

Se daba el caso de que ninguno de estos se tragaba el humo, ni Perico tampoco. Eran quemadores de tabaco, según decían los que se tenían por verdaderos fumadores, que hacían cigarrros más delgados pero se tragaban el humo hasta los talones. Estos hombres eran ellos también más secos; Isidro Madrid, Estrella, el Cojo Cortés, Beneje, Oliva y otros que parecían alambres y fumaban más que una máquina.

Cuando se desprendía del pito una estaca encendida, era como si se hubiera caído un palo

de monte y hacía un agujero de una cuarta en la laja o en el mandil del pantalón.

Estos fumadores del tabaco de peor calidad que se haya conocido, tenían las comisuras retostadas de llevar continuamente aplicada la tea encendida. Muchas veces masticaban, además, el tabaco reblandecido de la colilla y la saliva rezumante por entre los dientes verdinegros tenía un aspecto de líquido letrinoso. Pues bien, no recuerdo ni un solo caso de cáncer de labio entre ellos y el único fallecimiento de cáncer fué el de Cayetano el de Cupido, que se inició en la sien derecha, punto de implantación frecuente de esta clase de tumores.

No es método este de hacer afirmaciones científicas, pero ahora que tanto se habla del asunto, no está demás anotarlo, ya que ha venido tan a pelo.



Esta fotografía hecha en la feria de 1897 por un «retrator» que vino a ella, ofrece la particularidad de mostrarnos un grupo de vecinos de la Cruz Verde, vestidos majos.

Sentados están Vicente Cupido y Lucio «Fritas» con el caldero que se había heriado. Lleva traje de pana y faja. El de Cupido lleva la indumentaria típica del yesero, con la blusa azul anudada delante. Es lamentable que estén en «cocote» pero no les parecería bien retratarse cubiertos.

Antoñete el de la Cayetana, marido de la Sorbita, aparece detrás de Fritas con un gran paveryo y Juan Pablo, detrás de su padre, con la boina de pico, como era uso.

Chaves

O CURRE en Alcázar con algunas personas que tienen un apodo más o menos divulgado. Sus padres, al bautizarlos, les pusieron un nombre, pero después les llamaron otro, con el que verdaderamente fueron conocidos. Al entrar en quintas y casarse, salió el nombre oficial y a partir de ese momento la confusión, incluso para personas tan poco dudosas como la madre o la esposa. Tal es el caso de Chaves, segundo apellido de Abel González, que él ha convertido en una especie de seudónimo para firmar sus meritorios trabajos artísticos y cuyo nombre de pila es Julio Alberto. Don Julio Alberto González Chaves, perito industrial, recién graduado con todos los honores que tal empeño merece en sus condiciones, singularmente la de no haberse resignado a vegetar en la ocupación digna y suficiente que tenía.

A pesar de todas estas explicaciones, para los que le conocemos y queremos desde chico, este señor no puede dejar de ser Abel González, ni sería justo dejar de pasar un momento más sin proclamar la participación que ha tenido en los trabajos de esta obra, prueba de la simpatía con que la vio desde el principio y la claridad con que interpretó nuestros propósitos.

El dibujó, interpretando admirablemente nuestros deseos, el plano de Alcázar, el mapa de la Comarca, el de los caminos y otros varios, todavía inéditos.

Todos estos trabajos los ha realizado con absoluto desinterés, en homenaje a la querida patria chica, que además ha de agradecerle el realce que con su nueva posición le dá.

Nuestra obra resulta muy favorecida de sus aportaciones artísticas y en este fascículo figuran varios dibujos con su firma, cuyo mérito valorarán los lectores, pero que nosotros consideramos como verdaderos aciertos. El dibujo de la Placeta de Santa María refleja maravillosamente el ambiente de este rincón, dejando sentir la soledad del campo manchego, apenas oculto por las paredes de la Iglesia vetusta.

La borriquilla, mohína y recelosa, previene al observador inoportuno contra un posible respingo.

El chiquejo que atisba desde la esquina la esquivez de la novia, deja ver su inquietud, mezcla de temor y deseo, disimulados con engreimiento infantil, y el aprendiz de guitarrista denota su embeleso con la musiquilla callejera, alejado de lo que no sea su vihuela.

La calle solitaria donde se pela la pava al abrigo de la manta, es un detalle castizo muy bien observado, como todos los que, comentados o no, podrán admirar los lectores en diferentes páginas del presente cuadernillo, merecedores por igual del más cálido elogio, que con nuestro agradecimiento tributamos a este gran dibujante alcazareño.





Novietes

JNSENSIBLEMENTE pasaban los chicos desde los juegos de la calle al aprendizaje de algún oficio, cambiando de ambiente y de relaciones. Seguían juntándose a jugar, pero al dejar el trabajo, formándose nuevas cuadrillas que empezaban a fijarse en las muchachas.

Las chicas de esa edad empezaban su preparación casera, no como oficio, aprendiendo a coser en los talleres de costura o bien aprendiendo encajes y bordados en las secciones de adultos de los colegios o labores; Doña Angeles,

Doña Lucrecia, Doña Piedad... Todas muy concurridas y con buenas vistas a la calle, que eran aprovechadas por los mozalbetes para cruzar con cualquier pretexto y ver la cara o las canillas de la indina que le traía a mal traer.

Las costumbres severas de entonces, que en esta cuestión eran severísimas, ponían muchas dificultades a tales escauceos, haciéndolos imposibles la mayoría de las veces. No obstante los chicos iban detrás de las chicas, acercándose o no y en los anocheceres daban buena lata alrededor de las puertas. Ellas menospreciaban invariablemente el cortejo, porque en hacerlo así consistía precisamente la valoración de su persona. Los chicos se hacían lenguas de aquel mal genio, de los humos y aun malos modos de las chiquejas; «¡Adiús, cualquiera se acerca, con el genio que tiene!» Se decían unos a otros.

El momento de salir anochecido a por algo a la tienda, a casa de alguien de la familia o a cualquier necesidad imprevista, era acechado con emoción de cazador furtivo. El más leve movimiento de puertas o ventanas, era percibido a distancia con acuidad y distinción de sus detalles. Si sonaban llaves y cerrojos, ya se podía uno despedir por esa noche, pero siempre se prolongaba la espera encontrando consuelo en el simple hecho de estar allí, en su calle, viendo la casa y en ocasiones se lograba la recompensa de una salida inesperada y el inocente placer de observarla a distancia envuelta en sombras.

¡Qué hermosa inocencia de los chicos y qué ingenuidad para interpretar los sentimientos de las chicas en aquellos difíciles momentos de sus mutuas relaciones! ¡Qué desconocimiento del corazón femenino, de sus coqueteos, de su versatilidad! ¡Qué sufrimientos tan tremendos y tan inútiles! ¡Qué hermosos recuerdos de aquellos días y qué huella tan marcada dejaron sin parecerlo! No vale señalar, pero cada uno sabe en quien se ha fijado y cada una sabe quien la ha querido, porque eso,—¡quién podría pensarlo entonces!—no se le olvida jamás a ninguna mujer.

Otro caso inexplicable

Al ver un pozo en el campo, se asoma uno, dice ¡ahl y tira una piedra.

Muchos de ellos se han lodado por esto.

Comidicas

Muchos alcazareños, y yo primero, conservaban la costumbre de la comidas intrascendentes, como para ir tirando, implantada desde tiempos inmemoriales, que debieron ser de escasez y como nuestro sistema de alimentación habrá de ser considerado en algún momento de esta obra, no estará demás alianzar la memoria con algunas de las cosas que nos servían para matar el tiempo y el hambre, conjuntamente, aunque muchas veces, por la cantidad, resultaran empachosas estas fruslerías.

El más usual y permanente de estos entretenimientos eran las **alcagüetas** y garbanzos tostados. Esto no faltaba nunca, y el Catre los tenía recientes a diario y sabrosísimos, en la lotería.

Las demás cosas tenían su época más o menos señalada en el año.

Las almendras saladas se comían en la feria únicamente, como el turrón y los confites y el sobrante de la feria en la Virgen del Rosario, acabándose ya hasta el año siguiente. Las novias eran obsequiadas con un cucurucho de almendras.

Por los Santos se hacían tostones de candeal y cañamones, alternando con las piñas verdes, que desde la Virgen se solían vender.

El viernes antes de la Pascua era el día grande del casquijo, surtiéndose todas las casas de castañas, bellotas, piñones y nueces para los grandes días de Navidad; hasta los chicos pequeños tenían partidido de piñones y los hombres se ponían la faja de bote en bote al acabar de comer, para que les durara el casquijo toda la tarde.

En la calle solamente se vendían castañas asadas.

Aunque en mucha menor cantidad, también se consumían por la Virgen tortas del sol y por la Pascua rosetas de mazorca.

Las pepitas de melón y sandía se consumían con gran abundancia en su época, como las espigas de cebada, verdes o cocidas con sal.

La rumia constante, confortante y sabrosa, era mejorada alguna que otra vez con un trozo de resea con cañamones y algunos granos de «matalauga», un caballo de harina o una tortia en sartén y nadie podía ya cenar, con gran disgusto de las amas de casa, que regañaban diciendo que eso no era alimentarse, sino comer guarrierías y era verdad para ellas, por lo que se ensuciaba tirando cáscaras por todas partes, pero en cuanto a llenar la andorga, vaya si se llenaba de primera.

Variantes de Piédrola

Ningún alcazareño sensible dejará de reconocer que Piédrola es lo más hermoso y lo más sano de todo

el término. Tiene, además, dentro de su campo, gran diversidad de matices y muchos templos que lo hacen atrayente. Lástima da que no se hayan respetado y favorecido las plantaciones, tanto las antiguas como las modernas, con lo que aquello sería un pulmón maravilloso de Alcázar. Todavía queda algún árbol en la huerta que se ve desde el lugar detrás del Castillo y como si estuviera al alcance de la mano, que no lo está, como saben bien todos los que van hacia allí.

Piédrola es un sitio alegre, naturalmente acompañado, donde la soledad de nuestro campo y ese silencio sobrenatural que le caracteriza no encoge ni espanta; los cerros, las piedras, las casas, las cepas, las cambiantes del aire, hacen compañía, cosa que se ve bien clara al asomarse a las alturas y contemplar el terreno que lo separa del pueblo.

El cinturón de las pedrizas separa la zona árida de la arenosa, lo seco de lo fresco, lo triste de lo sonriente. En la cuenca de la huerta parece que se está en otro mundo, donde se goza, además, de una quietud encantadora, protección contra todos los aires, separación de atajos y caminos y una resonancia de los sonidos que parecen ascender al cielo. En la cantera de la arena se echa de menos el convento. La explanada que tiene al poniente, antes de llegar a la pedriceja del aljibe, parece hecha para un monasterio.

Al mediodía del Rasillo, hay una loma. Tiene un punto abrigadísimo antes de dar vista a los Quiñones Bermejos. Desde él tiene Alcázar una de sus mejores perspectivas. Lugar espléndido para una construcción sanatorial.

Los fenómenos de glaciación han triturado materialmente toda la piedra de aquellos cerros, pero quedan algunas zonas de roca enteriza al poniente de las casas de Malagueña y Sebastián el Calero, preciosa meseta del paso a nivel que está pidiendo respeto, solo respeto, para cubrirse de monte ella sola y andando por la cual todavía sale corriendo algún conejo por entre los tomillos y aun se ve algún alnendro y alguna rama de carrasca, raquíticos y maltratados. Qué paraje tan hermoso y qué vistas desde allí. ¡Cómo se ensancha el pecho respirando aquel aire.

Juegos de chicos

Los del tiempo que nos ocupa eran un tanto bárbaros, empezando por las luchas de unos barrios con otros, que degeneraban en pedreas encarnizadas, con peligro de los

transeuntes y no de los cristales, porque casi no los había en las calles.

Las pandillas tenían sus jefecillos que arrastraban a los demás casi siempre por miedo.

La provocación, no exenta de temblor, se iniciaba por los más atrevidos, con aquel famoso grito de:

--¡Salir! ¡Salir! ¡Quietos ahí!

Entretenimiento frecuente de estas pandillas era echar llaves en las puertas. La llave era un palo corto atado en el centro con una cuerda fuerte. Se iba anochecido a las casas, que estaban todavía abiertas, y se entornaban, dejando el palo dentro que sujetaba con un extremo la hoja practicable y con el otro el cerco, como un cerrojo. Se llamaba fuerte, para que salieran y se tiraba de la cuerda para que no pudieran abrir. Estas dificultades eran las que provocaban la risa que precedía siempre a la veloz carrera que había de emprenderse para librarse de algún cachete, si era un hombre el que estaba abriendo la puerta.

Otra diablura hilarante consistía en cruzar la calle con un hilo fuerte, atado a las ventanas a la altura de la cabeza de los transeuntes. De pronto, el que venía, veía caer al suelo su gorra o sombrero o se daba en la cara con el hilo y sus actitudes o las amenazas que profería hacían desternillarse de risa a los que estaban observando desde su escodite.

En aquellos tiempos tenían como muestra todas las barberías dos bacías de metal dorado colgadas en la puerta, de las que Cervantes aplicó como yelmo al hidalgo caballero. Estos admiñculos eran blanco permanente de los amigos de afinar la puntería, como los faroles del alumbrado público, aunque con estos se metían más los mozos que apetecían la oscuridad para pelar la paya. También estos solían bolear, juego estorzado y peligroso, que consistía en tirar grandes bolas de hierro a la mayor distancia posible.

Parecía que el mérito estribaba en ser lo más bruto posible.

Algunos juegos de mero entretenimiento, se convertían en motivo de reyertas o aflicción, por las malas ideas de los protagonistas, como el esconde correón, pues algunos le entraban piedras al nudo del pañuelo y cuando tocaba recibir sabía a queso.

Otro juego de relativa inocencia que se endurecía a menudo, era el cazo, a pelotazo limpio, pero había unas pelotas de goma maciza, sacadas de la Estación, que dejaban doblado al que cogían bien. Cuando la pelota era de las que vendía Medicina, el juego era sin lágrimas.

Echar caídas era otro entretenimiento brutal. Sobre todo cuando lo hacían los mozos. Alrededor de ellos se hacía un silencio absoluto hasta que lo rompía la respiración jadeante del que caía al suelo maltrecho o el crujido de las coyunturas.

Se practicaban otros muchos juegos, algunos de los cuales siguen en vigor, pero los anotados son más característicos de la época que tratamos de reflejar y por eso los mencionamos, por ser más demostrativos del ambiente de entonces.

Visitas especiales

Era una la que hacía al pueblo por la primavera, y creo que la sigue haciendo, un hombre delgado, rasurado, con boina nueva, traje de pana en buen uso, botas de una pieza, con elásticos en su color y una cayada con guarniciones de cuero y contera metálica en punta. No es que fuera único dicho hombre, pero sí lo era su traza. En la mano derecha llevaba empuñado un chillo, especie de órgano diminuto o armónica, de cuerno, que tocaba como deletreando en escala ascendente las cuatro sílabas de su pregón: **El Capaor.**

Caminaba sin prisa pero sin pausa, casi siempre a primera hora de la mañana y si el piso lo permitía, por el centro de la calle. Cada dos o tres puertas apoyaba el chillo contra el labio inferior y acometía la escala extremando la agudeza de la última nota.

En muchas casas era esperada la visita de este hombre, para capar el gorrino que pensaban cebar para la matanza del año. Llevaba en el bolsillo de la chaqueta una cuchilla corta, ancha y gruesa, que manejaba con decisión, aunque no con destreza. Cogían el bicho en ayunas, cosa que nadie ignoraba, lo sacaban chillando horriblemente, lo sujetaban bien y el hombre, en un periquete, se hacía con las criadillas, que arrojaba a un lado. Daba una unción de aceite en la herida y le ponía encima un pegote de telarañas o un puñado de ceniza, y soltaban al animal, que quedaba entristecido y regrutendo por el corraí.

¡Caramba con el tío del silbato!

Otra visita anunciada con chillo, era la del afilador, pero esta en el cuerpo del día y con más impedimenta.

El afilador iba peor trajectado. Su boina iba más ahormada a la cabeza, por el uso; era mucho más vieja y decolorada. El pantalón, de pana blanquecina y pieceado, la blusa, larga y suelta, en los pies, alpargates, la barba, descuidada y el bigote, largo, caído.

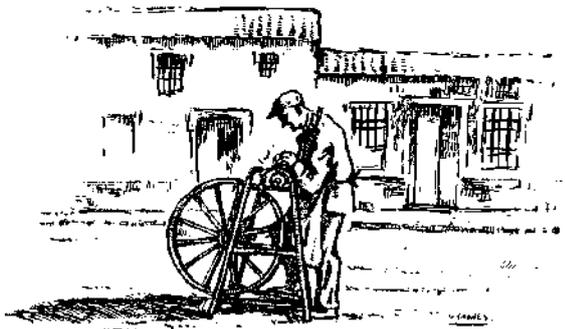
Este hombre se hacía notar tanto como por el silbato, por el ruido de su carrillo. Como el pueblo estaba silencioso, se oía perfectamente desde dentro de las casas el sonido característico del cajón de la herramienta, el trepidar de la rueda contra el suelo.

El afilador atraía a los chicos tanto como el capador los alejaba. Esto tiene su explicación, creo yo, porque va mucho de una cosa a otra.

El afilador siempre tenía que echar a los chicos y a veces darles con el volante de la rueda, porque si la paraba para echar un clavillo a unas tijeras, nunca faltaba alguno que sacara la correa y eso, al gallego, le daba mucho coraje:

—¡Ves tú, cundenadu! decía, inclinándose, como para echar detrás de alguno, Pero no había cuidado, su temor de que los demás le tiraran el carro entre tanto, defendía con seguridad al que corría sin miedo apreciable.

Al cabo, el hombre daba media vuelta al trasto y allá se iba con el sonsonete de su cajón lleno de hierros y cantos de afilar y los chicos nos quedábamos como entristecidos por el alejamiento de aquel hombre, al que siempre vimos con un gesto de resignación que no supimos comprender.



Empeora el paisaje

CUANDO me llevaba mi padre a la Muela, de chico, subido en la Nana, su borriquilla blanca, daba gusto llegar al desmonte de Piédrola. Todavía no habían hecho la Estación. Aquel terreno estaba más quebrado que ahora, había mucha más piedra, los majanos abundaban en todas direcciones, abundaba el tomillo, los almendros y las encinas; quedaban por lo tanto abundantes muestras del monte que fué, agradaba

ir andando, coger combrillos, coger bellotas y echar a menudo algún conejo o liebre. No era raro descubrir al pie de los majanos restos de perdices o cuquillos destrozados por las águilas o los gavilanes.

Desde el desmonte hasta la Muela era un camino delicioso, alegrado por el paso del tren, por la presencia de los obreros,—solo se daba este nombre a los de la vía y nadie se hubiera considerado como tal en aquella fecha,—y sobre todo, por los matorrales y arbustos que embellecían el paisaje y embalsamaban el aire con penetrante olor a monte.

Las casas de la Muela, ahora paredones solitarios y derruidos, formaban un blogue bien cuidado; la de Rengue y la de Ruíao. A sus es-



CHICOS DEL PUEBLO
(El autor, a los 8 años y su hermana Josefilla, de 6)

las labores de Antonio Campo y del tío Ezequiel. Hermosa y grande arboleda, altos matorrales entre las peñas, umbría y sosiego, rumor de agua, aljibes naturales, cantar de pájaros, frescos arenales en los repechos...

Al bajar el desmonte para volver al lugar, se entristecía el ánimo. Y todavía hoy pasa eso, aunque no queda nada de lo que embellecía el paisaje aquel, pero queda el aire, queda el eco de antiguas alegrías, que no se han extinguido completamente y queda para algunas almas un recuerdo hondo, sufrido, que convierte en gozo empolvase en aquella tierra y aguantar aquel aire que parece traer en su soplo el timbre de voces queridas que aun refunfuñan con amorosa asperidad.

paldas una gran viña cuesta arriba y en lo alto de la loma los chaparros del monte de Quero. ¡Qué bien se estaba allí!

El regreso era por el Haza de las Malvas, la casa de Berbés, la casa de Blanco.

Seguían las señales del monte bajo, los tomillares, las carrascas, los almendros y la piedra, entre la que se iban criando algunas copas señoritas.

Lo más poético del camino estaba entre las pedrizas; la huerta del Cuco, la de D. Juanito;



Industriales y comerciantes

Así como la Plaza era el lugar de contratación de los frutos del país, el comercio estaba recluido en las lonjas, que eran las tiendas de tejidos y paquetería, aunque también vendían azúcar y bacalao, cueros y otros artículos en las épocas propicias.

Como observación de lo que es el espíritu local, hay que anotar que los alcazareños no han ejercido nunca estas funciones, de suyo lucrativas y ostentosas, que han estado vinculadas en varias familias montañesas cuya presencia ha sido muy favorable a la localidad.

La Montaña se ha preocupado más de sus cosas que La Mancha y puede que exista algún estudio acabado de estos hechos que no se circunscriben a Alcázar, sino que se extienden a toda España y al extranjero — principalmente América.—

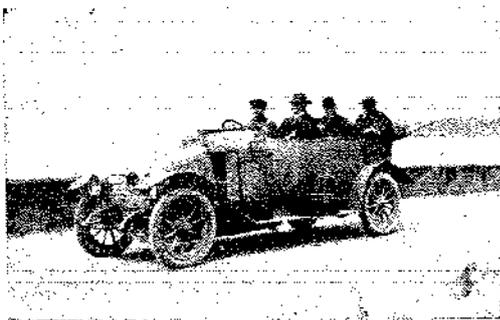
La Montaña era pobre y los habitantes tenían que buscar soluciones a su vida y emigraban. Esto es evidente y sencillo. Pero ¿Cómo son los montañeses, cómo era su comportamiento en esa emigración y cuál es su importancia en la vida del país? He aquí lo que importa conocer.

El Boletín del Comercio publicado en Santander el año 1859, decía que los montañeses son poco aptos para los trabajos materiales y no los abrazan en su emigración. Son delgados, ágiles y activos. Se instruyen con facilidad y no hay quien los iguale en exactitud y precisión de sus negocios y cálculos, por lo que suelen hacer fortuna, dedicándose a operaciones de comercio desdeñadas por los naturales de las provincias a donde emigran.— De ahí los numerosos establecimientos que existen regentados por montañeses en todas las comarcas españolas, especialmente en ambas Castillas y Andalucía, donde son casi los únicos expendedores del riquísimo vino de la tierra.



La actitud en que aparece, disimula perfectamente la cojera que sufría y que le obligaba a andar con bastante dificultad, por lo que utilizaba el coche incluso dentro de la población.

De chicos le veíamos subir con una tartana desde «La Montijana» de la Corredera a la de la Estación. No podía correr, pero volaba por el mundo de los negocios, porque al hombre de condiciones nunca le faltan recursos para vencer las dificultades en su camino.



D. Ricardo recorre el campo manchego en uno los primeros coches que vinieron a Alcázar.

Banquete de boda de una de las hijas de D. Ricardo - la Pepa y Benito Libeda - celebrada en una nave de su bodega.



Figura preeminente de los montañeses residentes en Alcázar fué Ricardo López, natural de Villaseante, donde nació el 7 de Febrero de 1859. Vino de muchacho al comercio de su cuñado Santiago Ortiz, (Santiaguillo), donde se manifestó pronto su amor al trabajo y gran talento natural. A la muerte de su cuñado, que era hombre muy emprendedor, se ocupó él de los negocios con tal acierto que hizo un gran capital.

La amplitud de su espíritu y la grandeza de sus ideas, se aprecia hoy mismo en lo que resta de cuanto emprendió.

Su genio industrial impulsó nuestra riqueza, necesitada siempre de hombres que sepan abrirle el cauce de la prosperidad y sin los cuales sirven de poco los bienes naturales. Por este solo hecho merece Ricardo la gratitud y el respetuoso recuerdo de toda la comarca, que no podíamos dejar de consignar en estas páginas.



Esta fotografía, en la que aparece Ricardo con Pepe Ortiz y los criados de la casa, Basilio y José María, ofrece la particularidad de que figura en ella, sentado a la izquierda del conocido industrial, el Abogado D. Tomás Sánchez Tembleque, notable personalidad que vino a Alcázar, según se decía entonces, casi a las órdenes de Ricardo para ocuparse de sus asuntos.

Lo recordamos como un hombre alto, de gran prestancia, vestido señorialmente con colores claros y un bigote muy grande y muy canoso. Tenía varios hijos que iban a la escuela de D. Cesáreo, siendo los más señoritos y llevando siempre los bolsillos llenos de confites, caramelos, bombones y galletas, que a cambio de cajas, cuescos o chapas pasaban a los botijos del agua que llevaban los demás chicos. Este detalle que surge aquí ahora tan casualmente, debe servir a todos para darse cuenta de lo que era el problema del agua. Hasta a las escuelas tenía que llevar cada uno lo que quisiera beber y cada chico llevaba un frasco o una botija colgada al hombro con el cartapacio.

Los hijos de D. Tomás, como pasa siempre con los muy mimados, no hicieron nada en la escuela, ni después. De él se hablaba como Abogado de fama y debió ganar dinero o lo tendría, porque aparte de vivir con esplendor poco corriente, hizo la casa de la Plaza de la Aduana, en la de «La Tusa», esquina a la calle Arjona, que resultó casi la mejor del pueblo en su época. Y la huerta de detrás de la Estación, con gran refinamiento de detalles. Muchas tardes subía por la Cruz Verde hecho un marqués, alusándose y retorciéndose el bigote, a la hora de salir nosotros de la escuela. Esto de retorcerse el bigote o tirarse de la barba, era frecuente entretenimiento de muchos, como el darle vueltas a la cadena del reloj para tener los dedos fijos en algún sitio y no llamaba la atención, pero sí la llamaba y mucho la altivez de D. Tomás.

Nuestro sitio

QUISIERAMOS librar este trabajo de todo peso muerto, de toda exposición farragosa o consabida y que se manifestara siempre vivo, ya que en fin de cuentas, la consideración de la vida es su objeto.

Sucede que aquello que tenemos más a mano suele sernos sorprendentemente desconocido. Cualquiera puede hacer la prueba por sí mismo, tomando en consideración algo de contacto frecuente, pero en lo cual no se ha pensado jamás. Sin embargo, nadie soportaría que le explicaran nada de eso; su calle, por ejemplo; detalles de la casa en que nació y vive sin haberse fijado nunca en ella, etc., etc. Pero como la vida se desenvuelve en el tiempo y en el espacio, no puede prescindirse del estudio del lugar, ya que en él, por él y con él nos ha de suceder todo en este mundo.

Los lugares no están limitados tajantemente como ese tocino gordo, sentado, tan rico, que se corta como el jabón, según decía, paladeando, el tío Mocho. Los Médicos, acostumbrados a dudar y a que se mueva la tierra en que pisamos, sabemos lo difícil que es limitar en la vida, y el suelo, contra lo que parece, está vivo y bien vivo, como se aprecia diariamente y no tiene límites precisos, cortes limpios, sino que poco a poco va cambiando de unos sitios a otros hasta constituir zonas diferentes.

Nuestro terreno, la llanura manchega, está limitada por montañas como sabemos, pero no de una manera tan precisa como pasa en Alcázar con el Cerro San Antón, que se va lisamente por la vía y de golpe se empieza a subir cuesta, sino que en unos sitios avanza la montaña y en otros se entra la llanura formando figuras caprichosas y al Oeste una serie de digitaciones que parecen afianzar una sólida unión de la meseta con la sierra, que en esa zona está constituida por las estribaciones de los Montes de Toledo, llamadas Sierra Calderina, Piedras Blancas y Serrana, que circunscriben la cuenca del río Amarguillo, que corre en dirección a Consuegra, tristemente célebre por sus inundaciones.

Por encima de esta ciudad y con la misma orientación se halla la cuenca del río Algodor, que es otra digitación, limitada por las sierras Alberquilla y Rebollareja, por abajo, y Los Yébenes, por arriba.

Al aire Norte y Saliente, queda limitada nuestra zona por la meseta de Ocaña y los cerros de Lillo, siguiendo la línea de Turleque, Villanueva de Bogas, La Guardia, Villatobas, Horcajo de Santiago, Pozorrubio, Villamayor de Santiago, Los Hinojosos, El Pedernoso, Las Mesas y Villarrobledo.

Al Sur, Daimiel, Valdepeñas, Infantes y Ruidera.

Límites amplios que sobrepasan mucho los de la antigua capitalidad alcazareña, pero que no hemos considerado excesivo señalar porque las características físicas del territorio son de una uniformidad tan considerable que apenas dan lugar a la excepción, y, además, porque varios aspectos de nuestro estudio, de carácter antropológico y etnográfico, son comunes a toda La Mancha.

El terreno de la antigua capitalidad, dice Madoz, que confinaba al aire Norte con El Romeral, Villa de D. Fadrique y Criptana, del Priorato de Uclés. Al Este Alhambra, del Campo de Montiel. Al Sur Villarrubia y Manzanares, del Campo de Calatrava y al Oeste Mora y los Montes de Toledo. La zona, agrega, mide nueve leguas de Norte a Sur y diez y seis de Este a Oeste y comprende: VILLAS; Alcázar de San Juan, Argamasilla de Alba, Arenas de San Juan, Camuñas, Consuegra, Herencia, Madridejos, Manzanares, Quero, Tembleque, Turleque, Urda, Villacañas, Villafranca de los Caballeros, Villarta de San Juan y Yébenes de San Juan.

ALDEAS: Las Labores de San Juan, Ruidera y Puerto Lápiche.

CASTILLOS: De Cervera, Guadalerza y Peñarroya.

DESPOBLADOS: De Villacentenos, Tirez, Villaverde, Villacañas de Algodor y Castell-Novo.

SANTUARIO Y CONVENTO: De Santa María del Monte.

Según dicho autor, y la explicación es muy verosímil, este terreno fué donado en 1183 a los

Caballeros de San Juan de Malta, llamados de la Orden del Hospital de Jerusalén, por el Rey Alfonso IX, confirmado por el Papa Lucio III en la C. de Verona del 23 de Agosto del mismo año, encabezándose la donación a nombre de D. Pedro Areis, como Gran Prior de la Orden y estuvo sujeto desde los primeros tiempos a los Comendadores o Superiores de Consuegra, en su sacro y militar convento de Santa María del Monte, hasta que siendo elegido Gran Prior por los reinos de Castilla y de León el Príncipe D. Juan de Austria, los Caballeros de aquella casa y convento dejaron de tener relación con los de Malta, formando el Priorato de Consuegra el terreno ya indicado, hasta que el 26 de marzo de 1785 el Rey D. Carlos III creó un mayorazgo-infantazgo para su hijo el Infante D. Gabriel y su línea masculina, vinculándose en ella la dignidad Prioral con todos sus honores y privilegios.

Los derechos del Gran Prior consistían en el señorío jurisdiccional y solariego en todos los pueblos del Priorato, percibiendo en este concepto

los feudos y derechos de vasallaje, portazgos e impuestos sobre aguas y vientos; los dos tercios de diezmos y granos de trigo, cebada y centeno, igual cantidad del queso, lana, añinos, sosa, barrilla, aceite, azafrán y demás minucias; el diezmo íntegro de todas las especies y semillas criadas en tierras propias de la dignidad y en las de imágenes, hospitales y cofradías. Le pertenecían asimismo pingües propiedades en tierras de labor, montes, sotos, alamedas y los molinos harineros y batanes del Guadiana, en su primer curso.

Para el ejercicio de la jurisdicción civil, nombraba el mismo Gran Prior un Gobernador letrado que residía en Alcázar de San Juan, siendo extensivas sus atribuciones a todos los pueblos del Priorato, que en ciertos casos acudían a él en apelación y por eso se llamaba **Juez de Alzada**.

Dicho Gobernador tenía su residencia en la casa n.º 5 de la Plaza, en Alcázar, según se hizo notar en la referencia del Casino publicada en el tercer fascículo de esta obra.



EL TIO CARABINA
(JOSE MARIA ROPERO VAQUERO)

ERA algo «tasao» de estatura, delgaico, un poco abieito de piernas, enemigo de reuniones y muy «alijencioso», dice Andrés Castellanos, que fué gañán suyo.

La fotografía acredita de certera la observación de Andrés, pues el hermano José María tiene rotada la pierna derecha para disimular su patirraquez. ¡Oh, flaquezas humanas!

Vivía en «Las Camproneras» que eran de su propiedad y tuvo calderines para flemas desde el principio del negocio de vinos, con el que tuvo la suerte de hacer cuartejos.

El noviazgo del Herrenillo—Luis López—con su hija Pura, le sentó medianamente y no autorizó el matrimonio. La gente puso el hecho en coplas. Se quejó el hermano y el Alcalde prohibió los cantares, pero el pregonero al decir el bando con la orden de la Autoridad lo hizo con la musiquilla de la gente y resultó peor el remedio que la enfermedad:

«De orden del señor Alcalde
de esta ciudad,
se prohíbe cantar:

¡A dónde vas con esa mantellina
a la boda de la Carabinal».

Siempre dieron ruido las cosas de Carabina.

Retorno

7
Frente a mi casa de Madrid, hay un jardín pequeño y un campo de juego grande. Pertenecen a un colegio de frailes. En el

campo juegan constantemente numerosos muchachos de distintas edades y religiosos jóvenes. En el jardín hay varios árboles y plantas vulgares. Los cuida con esmero resistente a las acometidas infantiles, un hombre menudo y perseverante.

Desde la ventana de mi cuarto veo la sierra de Guadarrama, negra, sólida, matronil, con las crestas cubiertas de nieve. El aire helado que viene de allí va tirando, poco a poco, las hojas muertas de los chopos del jardín. «Hojas del árbol caídas, juquetes del viento son».

Los chicos corren alocados detrás de la pelota ¡Qué impetuosidad la suya, qué movilidad, qué escándalo! El árbol va soltando las hojas sobre ellos, como si deshojara la margarita de su vida; una, otra; sí, no; derrama sus órganos florales inservibles sobre los pujantes brotes de la juventud. ¡Con qué soberana indiferencia tira sus hojas este árbol sobre los chicos, como aspersión maravillosa caída del cielo señalando el misterio de la creación! ¡Qué dulce melancolía produce el contemplarlo!

Se siente deseo de vivir dos veces, se quisiera volver a empezar, desafiando al desengaño

El árbol, dentro de nada iniciará otro ciclo vegetativo, se verá abotonado, pujante, retando con su vigor y cubriendo con su ramaje a la alegre chiquillería del jardín. Pero aquel fraile viejo que toma el sol en el rincón, con el breviario cerrado y la mirada fija en la sombra de la pared, no podrá florecer ya más.

El árbol tiene su ciclo anual dentro de su vida dilatada. El hombre tiene alternativas dentro de una vida corta y rara vez pone sin pena por segunda vez la planta en un sitio. El retorno es una prueba difícil, casi segura de desilusión; un anhelo que providencialmente debía quedar siempre en deseo. ¡Oh, la visita a los lugares de ensueño! ¡Ah, la segunda parte del amor, qué prueba tan fuerte para la ilusión primera! Volver a jugar con los chicos ¡qué cosa tan imposible!

El hombre tiene, a pesar de todo esto, una compensación insuperable en la imaginación, en las ilusiones, que cuando se han sentido fuerte, dejan una solera inextinguible, que es el deleite supremo de la madurez por conservar una virginidad permanente, renovada por instantes, que permite saborear siempre la lozanía juvenil.

La ruina espiritual es lo verdaderamente terrible, lo que deja al hombre convertido en un montón de basura o remaje seco, pero mientras el espíritu vibre, el hombre es dichoso, porque alienta en él la llama creadora que le da frescura juvenil, poniéndole a salvo de retornos inservibles y amargos.

Niebla en Piedrola

Algunas mañanas de niebla en Piedrola no se parecen en nada a las del resto del término.

Desde la loma abrigada del Rasillo, la segunda pedriza, según se va del lugar, se ve el pueblo y la vega de Ocaña como desde ninguna parte. En esas mañanas no se ve nada, naturalmente, pero parece que está uno en las capas

más altas de una nube; la niebla se pega a la vega y se pega al barranco de la huerta del Cuco que tampoco se ve, como no se ve el suelo. Se mueve la niebla como las olas o más propiamente como el humo. Se oyen muchos ruidos que no se localizan; voces, cencerros, cencerillas, cacareos, ladridos, rebuznos, balidos. Un concierto de animales y personas que no se ve, que se oyen de distinto modo que de costumbre y que al pensarlos absorbe y encanta. ¡Qué sugestiva es la observación de la naturaleza!



Final de este cuadernillo

Chaves ha dado aquí la más gráfica interpretación a la fatiga, plena de entusiasmo, del final de cada etapa en la tarea. El chiquejo segador, lleno de vigor juvenil, sudoroso, empuja el piporro que le refresca el gaznate y la cara; cuando lo suelte respirará hondo, se limpiará el morro con el faldón de la camisa, que le sale por la cintura y se pegará al surco abrazando la mies, porque ya lo dijo el Señor: «la mies es mucha».

Cumplamos el deber de recogerla.

